
Kathia Iblis
Las locuras de la señorita Marigold
Damas inadecuadas XI
Selecta

Las locuras de la señorita Marigold

SERIE
Damas inadecuadas 11

Kathia Iblis

Selecta

Para todos aquellos que han encontrado en su locura una forma de amar a aquella persona que no es incondicional. Para todos los tipos de amores que existen. ¡Vivamos locos y enamorados!

"En el amor la locura es lo sensato"
Antonio Machado

"El corazón es como un manicomio,
siempre hay lugar para una locura más"
Anónimo

Nota de la autora

El momento en el que una joven era presentada en sociedad era el más importante de su vida porque era el primer paso que determinaba lo que sería de su destino de ahí en adelante.

La joven casadera ideal poseía, de ser posible, un apellido de renombre, belleza y una cuantiosa dote. Sin embargo, no siempre era así. Y aquellas que no cumplían con los requisitos se veían menos requeridas en las fiestas que las damas que sí los poseían.

Luego estaban "las floreros" que, por diferentes circunstancias, se consideraba que estaban destinadas a la perpetua soltería. Incluso, en relación a estas últimas, se había sabido de casos en los que habían logrado conquistar a un caballero.

Finalmente, se encontraban las jóvenes que estaban más allá de toda salvación. Porque, a veces, ni un apellido aristocrático, ni una belleza despampanante, ni una cuantiosa dote lograba el principal objetivo: que un caballero respetable desposara a una de ellas.

Sin embargo, a veces los milagros ocurrían y todo eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. En especial cuando dos encumbradas viudas decidían involucrarse y aceptaban el desafío de casar a dichas jovencitas. Nada ni nadie podía detenerlas, ni siquiera

la mismísima nobleza a la que ellas siempre se habían jactado de pertenecer.

Prólogo

El viento de marzo soplaba con un descaro que parecía presagiar cambios, empujando las olas del Atlántico contra el casco del Majestic Star: el transatlántico que, en apenas unas horas, zarparía rumbo a Inglaterra. En la barandilla de la cubierta principal, Marigold Marquis apretaba los dedos enguantados con la misma determinación con la que sujetaba su sombrero floral. El puerto de Boston quedaba detrás, arropado por un crepúsculo ambarino, y con él se iban también las certezas que había conocido durante diecinueve años. Unas gaviotas graznaban sobre las grúas, como si rieran de su osadía: dejar su patria, sus rutinas y la extravagante seguridad que su padre le había construido, para lanzarse a una temporada social que jamás había pedido.

La señorita Marquis—aunque la prensa local la llamaba desde hacía meses "la heredera excéntrica"—intentaba convencer a su propio reflejo, en el cristal bruñido de la ventana, de que todo iría bien. ¿Cómo no iba a ir bien? Tenía un apellido respetable, una fortuna sustanciosa y el entusiasmo casi infantil de quien colecciona plantas raras y ve en cada semilla un universo latente. Sin embargo, aunque en Nueva Inglaterra aquella combinación resultaba adorable,

en Londres, decían, podría ser su ruina. «Tú no naciste para encajar, hija, sino para florecer en tus propios términos», le había susurrado su padre la noche anterior, al despedirse con un abrazo impregnado de olor a tinta y a engranajes aceitados.

Samuel Marquis era un hombre de ciencia; medía la vida por descubrimientos y ecuaciones, no por bailes ni reverencias. Igual que su difunta esposa, había fomentado la curiosidad de su hija con la misma devoción con la que otros padres enfocan los modales. Marigold creció con atlas botánicos en lugar de libros de etiqueta, con invernaderos por salones de té, y con la convicción de que el mundo premiaba la genialidad. No obstante, la Bolsa y los bancos no opinaban lo mismo: tras una serie de malas inversiones, los rumores de quiebra le acechaban. Boston comenzó a cuchichear, y fue entonces cuando la gran fortuna de la señorita Marquis dejó de ser un dulce capricho y se convirtió en su única dote de salvación.

No es que Samuel estuviera arruinado—todavía—, pero la aristocracia británica ofrecía un refugio seductor. Allá, una dama con bienes líquidos siempre encontraba pretendientes dispuestos a olvidar toda clase de extravagancias. Marigold sabía que formaba parte de un plan de rescate encubierto; la acompañaba la institutriz francesa, madame Duverger, con un manual de urbanidad de más de quinientas páginas y un cronómetro invisible que marcaba cada una de las semanas de la temporada. Aun así, ella respiraba hondo, cerraba los ojos y se repetía que quizá, solo quizá, el océano escondiera nuevas posibilidades: jardines más amplios, libros prohibidos, algún ser humano que la mirara sin burlas.

Mientras el barco terminaba de cargar mercancía, un grupo de pasajeros acomodados paseaba por la cubierta. Marigold reconoció sus sonrisas de tiburón: hijas de magnates del acero, viudas con coronas de perlas, jóvenes abogados que buscaban alianzas

estratégicas. Pudo saltar fuera de las conversaciones con la gracia de una mariposa… pero terminó tropezando con el cabo de una cuerda, dejando escapar un grito ahogado. Varias cabezas se giraron. Una carcajada educada se propagó como una onda. Marigold se levantó con dignidad maltrecha y una rodilla palpitante. No era la mejor carta de presentación, pero tampoco la peor: peor habría sido fingir que no le dolía.

Al otro lado del océano, bajo un cielo de ceniza perpetua, Lord Michael Camus Dickinson—barón de Tornquist—mantenía un duelo silencioso con su contable. En el salón rojo de Tornquist Hall, las cortinas pesadas apenas dejaban entrar la luz del crepúsculo, tiñendo los retratos familiares de un tinte sanguinolento. Michael apoyó las manos sobre el escritorio; los números, dispuestos en columnas impecables, eran tan implacables como cualquier ejército.

—Necesitamos una inyección de capital antes del verano, milord, o habrá que vender la sección norte de los viñedos —explicó el señor Grayson, un hombre enjuto que olía a tinta fresca.

Vender la tierra. El pensamiento quemaba a Michael como una lumbre vieja. Aquel suelo no era solo terreno cultivable; era la memoria de su madre sembrando lirios azules, de su padre enseñándole a cabalgar, y de un linaje que se medía por la lealtad a Tornquist tanto como por sus títulos. Sin embargo, la plaga de mildiu del año anterior había destruido la cosecha de uva, y las guerras terribles en el continente habían colapsado el mercado de la lana. Ahora, las chimeneas de la mansión permanecían frías algunos días para ahorrar carbón, y los criados más antiguos murmuraban sobre tiempos de penuria.

Michael inspiró con fuerza. Sabía lo que esperaba de él la aristocracia: encontrar a una heredera rica, posar la mano sobre la suya durante un vals, firmar el contrato matrimonial y salvar la finca.

Un trato limpio, casi comercial. Él había postergado la idea durante años, aferrado a la esperanza de revertir las finanzas con esfuerzo y disciplina; más la disciplina no podía competir con la bancarrota. Así, Tornquist—con sus torres góticas y sus pasillos que olían a madera antigua—se hallaba a merced de un corazón rico.

—Haga sus maletas, Grayson. Viajaremos a Londres a fin de mes —decidió el barón, con la voz baja pero férrea.

La noticia recorrió la campiña en susurros. Algunos vecinos brindaron: un matrimonio del barón suponía banquetes, empleo y prestigio. Otros, más escépticos, fruncieron el ceño; conocían la fama de Michael: un hombre de honor, sí, pero también orgulloso, reacio a la frivolidad de los salones. Encontrar a una esposa en tales condiciones podría convertirse en una misión tan ardua como enfrentarse a la Royal Navy. Sin embargo, Michael equilibró su bastón, alzó el mentón y salió al corredor. El eco de sus pasos le devolvió un consuelo: Tornquist aún obedecía su ritmo. No permitiría que el silencio de la deuda reclamara aquellos muros.

Esa misma noche, ya en su alcoba, desplegó la lista de jóvenes casaderas que circulaba en los tabloides londinenses. Nombres y apellidos, como si fueran entradas de un diccionario social, poblaban el pergamino. Pero ninguno capturó su atención hasta que, al final, leyó: «Señorita Marigold Marquis, Boston—fortuna estimada: cuarenta mil libras, carácter: vivaz hasta la temeridad». Aquella última frase lo hizo sonreír de manera involuntaria. Vivaz hasta la temeridad. Recordó la leyenda escocesa de las flores amarillas que brotan en acantilados: bellas, resplandecientes, dispuestas a crecer donde otros preferirían no asomarse.

Mientras tanto, Marigold descendía por las escalerillas del Majestic Star hacia su camarote, con madame Duverger a su lado. El interior del barco olía a cera y a madera pulida. Al pasar, un oficial

marítimo la saludó con la cortesía distante que se reserva para la alta sociedad. Marigold respondió con una sonrisa amplia; luego, cuando él ya había avanzado, apuntó en su cuadernillo: «El uniforme crea fortalezas invisibles». No era poesía ni aforismo: era la forma en que ella veía el mundo, diseccionándolo como si cada gesto revelara un mecanismo secreto.

La institutriz carraspeó.

—*Madeimoselle*, su padre me ruega que repase con usted la lista de saludos adecuados.

Marigold la interrumpió.

—Soy capaz de aprender, Annette. Solo que necesito que algo me importe de verdad para recordarlo.

"Annette" no era su nombre, pero Marigold consideraba a la señora Duverger demasiado temible para el diminutivo. La mujer suspiró, entre resignada y comprensiva. A sus cuarenta años, madame había enseñado a princesas rusas y a condesas belgas. Jamás, sin embargo, había tenido una alumna que catalogara los tonos de azul que adoptaba el océano al atardecer en lugar de memorizar el tratamiento de "Su Excelencia Reverendísima".

El barco zarpó al siguiente amanecer. Marigold se plantó en cubierta con un abrigo color mostaza y un velo que se enredaba en la bruma salobre. Boston se desdibujaba en la distancia, un perfil de ladrillos rojos y chimeneas humeantes. Cerró los ojos y exhaló. El Atlántico rugía como una bestia antigua. Aquel sonido la sobrecogía y le recordaba las historias de sirenas que devoran corazones de navegantes. Pensó que tal vez la sociedad londinense fuese otro tipo de sirena: seductora y letal para los incautos.

A miles de millas, Michael inspeccionaba los establos uno por uno.

—Lady Ailsa parirá en cualquier momento —le informó el mozo de caballos.

Michael acarició el cuello de la yegua con un afecto que reservaba solo para las bestias y unos pocos amigos.

—Aguanta —murmuró. La vida seguía abriéndose paso incluso en medio de la ruina, y él debía aferrarse a eso. Luego, en la biblioteca, descorchó la última botella de brandy reservada para celebraciones. No bebía para celebrar, sino para reunir valor: aquel trago marcaba el final de su resistencia. Mañana enviaría cartas de presentación a las casamenteras más influyentes de Londres.

Sin embargo, ni Michael ni Marigold podían imaginar que el destino, esa criatura caprichosa, ya tejía en silencio un nudo que los obligaría a romper cada una de sus convicciones. El Atlántico era ancho, pero no tanto como la hilera de secretos que ambos cargaban. Él, la vergüenza de un legado al borde del colapso. Ella, el dolor de una libertad que se desvanecía bajo corsés ajenos. Ambas heridas sangraban de maneras distintas, y, aun así, estaban a punto de reconocerse en cuanto sus miradas se cruzaran.

***

La primera tormenta sorprendió al Majestic Star en la tercera noche. El balanceo feroz arrojó a más de un viajero contra las paredes. Marigold, aferrada a la litera, sintió cómo sus piernas se volvían líquidas. Entre relámpagos, creyó escuchar la carcajada del océano; pero también la voz de su madre—recuerdo hecho susurro—diciéndole que toda batalla digna de libro comienza con un trueno.

Al otro lado del mundo, el barón se despertó en medio de la madrugada con el corazón acelerado. Había soñado con agua cubriendo los pasillos de Tornquist, arrastrando retratos y candelabros. Se incorporó, empapado en sudor. El reloj marcaba la misma hora en la que Marigold apuntaba una nueva frase,

temblorosa, en su libreta: «Cada ola conoce un secreto que nadie más escuchó». Cuando volvió a guardar el cuaderno, ignoraba que esa frase algún día le serviría de llave para un corazón que ni siquiera sabía que deseaba abrir.

Pasaron los días. El barco se convirtió en un microcosmos: desayunos con vistas al mar gris, veladas de música de cámara, susurros de romances incipientes. Marigold se encontró marginada de las conversaciones sobre la moda parisina, pero se hizo amiga de un pastor escocés que le enseñó a decir "flores salvajes" en gaélico. En cubierta, practicaba las palabras con la lengua entumecida por el rocío, mientras madame Duverger sacudía la cabeza, implorando a los cielos que la joven recordara al menos el protocolo para inclinarse ante una duquesa.

En Tornquist, la prodigalidad dio paso a la contención. Michael ordenó cerrar las alas menos usadas y redistribuir al servicio. Sus hermanas menores—una casada, otra viviendo en Bath—escribieron cartas, alarmadas. Él respondía con evasivas, asegurándoles que todo estaría bien. Sin embargo, cada vez que firmaba, sentía el peso del apellido Dickinson hundiéndole la pluma. Aquella noche, al resguardar su sello, reparó en la capa de polvo que cubría el escritorio. Pensó que el polvo era la forma en que la casa le preguntaba si pensaba rendirse.

Y mientras un puñado de marineros apostaba sobre la fecha de llegada—si el viento seguía favorable, Liverpool se avistaría en diez días—Marigold desplegaba un mapa florístico del Reino Unido. Sus ojos brillaban como si fueran velas. ¡Tantas especies nuevas por descubrir! Madreselvas que trepaban muros milenarios, rosas que sobrevivían heladas inolvidables, brezos que ardían de púrpura en las Highland. Solo esperaba que la sociedad londinense fuera tan rica en colores como lo era en normas.

Finalmente, el Majestic Star atracó en el puerto inglés con una sinfonía de sirenas y cadenas. Marigold se despidió del pastor escocés—quien le regaló una semilla de campanilla azul como amuleto—y respiró el aire denso de la costa. Londres estaba aún a varias horas en tren, y el olor a carbón ya impregnaba el viento. Un carruaje de alquiler la llevó, junto a madame Duverger, a la estación. Cada rueda que giraba parecía contar los latidos de un futuro que se acercaba demasiado deprisa.

Al mismo tiempo, Michael montaba su mejor caballo, Ébano, y emprendía el viaje a la capital. No llevaba escolta pomposa ni carroza lujosa: prefería la soledad de los caminos secundarios. Pensaba, con cierta ironía, que los rumores lo pintarían como un barón orgulloso, cuando en realidad se sentía simplemente desesperado. Durante una parada, alimentó al caballo y se permitió un momento para mirar el horizonte. Más allá de las colinas, el cielo se encendía en tonos lavanda. «Puede que aún haya belleza que salvar», murmuró.

En el tren, Marigold sacó su cuaderno y escribió: «Los ingleses caminan como si las estaciones del año dependieran de sus pasos». Observaba a través del vidrio la uniformidad de los trajes, las expresiones severas, los sombreros perfectamente alineados. A su lado, madame Duverger le ofreció té y un último repaso de las reglas de precedencia.

—Si un duque te saluda…

—Hago reverencia inclinada, contacto visual breve, mano al corazón si hay confianza —respondió Marigold recitando como si se tratara de una fórmula. La institutriz sonrió, sorprendida. Tal vez la joven era capaz de memorizarlas después de todo.

Ninguno de los dos protagonistas supo que aquella misma tarde, la alta sociedad de Londres especulaba ya con sus nombres. Los

diarios satíricos anunciaban la llegada de la "magnate de la botánica americana", mientras que los más conservadores lamentaban que el barón de Tornquist, antaño símbolo de sobriedad, fuese a la caza de una fortuna extranjera. Pero las líneas de tinta no podían prever lo que pasaría cuando la espontaneidad se encontrara con el orgullo a la vuelta de una esquina.

Y a la vuelta de una esquina precisamente comenzó todo. En los callejones empedrados que circundan la plaza Berkeley, un vendedor ambulante perdió el control de su carretilla de naranjas. Las frutas rodaron por la pendiente. Marigold, que acababa de descender de su carruaje, esquivó una con un grito sorprendido, giró y chocó contra el pecho de un desconocido. El impacto le arrancó un «¡Oh!». A duras penas se sostuvo sobre los tacones. El desconocido, alto, de ojos gris tormenta, la sujetó por la cintura con un reflejo impecable.

Michael había acudido a un sastre cercano. Salía con el ánimo en vilo por la cuenta alargada cuando la colisión lo sacudió. Durante un segundo, contempló el rostro de la joven: pecas como chispas sobre la piel, ojos de miel que en aquellos momentos mostraban sorpresa, labios que temblaban entre la disculpa y la risa. Ella olía a sal marina y a promesa. Él inspiró, dispuesto a dejarla ir, a seguir su camino, a mantener el plan intacto. Pero entonces, ella habló:

—Gracias por salvarme de las naranjas… hubiera sido una muerte muy colorida, ¿no crees?

La carcajada de Marigold resonó en el callejón. Michael parpadeó. Nadie se reía así en Londres, menos aún al tropezar en plena Berkeley Square. Pero antes de que pudiera articular respuesta, dos señoras los alcanzaron e hicieron una exclamación ahogada:

—¡Lord Tornquist, milord, está usted bien?

Ahí, frente a testigos, las miradas chisporrotearon. Él soltó su cintura, un gesto tan rápido como la brisa. Ella agachó la cabeza, el

velo cayendo sobre su mejilla, y dio un paso atrás. El instante se congeló, cargado de electricidad, hasta que el vendedor recogió sus naranjas y el ruido volvió.

—Una imprudencia disculpable —murmuró Michael recuperando la compostura.

—¿Imprudencia? Yo prefiero llamarlo aventura —corrigió Marigold con una reverencia desenfadada. La institutriz llegó jadeante y la arrastró fuera de la escena.

Michael observó cómo se alejaba, su abrigo mostaza destacando como un girasol en un jardín de magnolias. Solo entonces cayó en la cuenta de que no le había preguntado su nombre. Pero el destino había tomado nota; volverían a encontrarse, el uno buscando salvación económica, la otra anhelando convertirse en algo más que un florero.

Aquella noche, Marigold anotó en su cuaderno la frase número ciento veintitrés del viaje: «Hay hombres cuyos ojos parecen prometer tormentas… y aun así uno desea quedarse a ver llover». No sabía que esos ojos, grises y serenos, pertenecían al mismo barón arruinado que ocupaba titulares.

Al otro lado de la ciudad, Michael repasaba la lista de damas. Cuando llegó al nombre de Marigold Marquis, sintió un escalofrío sin saber por qué. Tachó varios nombres, pero aquel lo rodeó en un círculo, como si fuera una advertencia o un presentimiento.

Y así quedó sellado el prólogo de su historia: una colisión fortuita, un cuaderno de notas repleto de metáforas y un patrimonio tambaleante abrazado a una fortuna indómita. El telón se alzaba sobre Londres con su niebla perpetua y sus salones resplandecientes. En los callejones se susurraban ya teorías, en los palacios se fruncían ceños, y en un discreto despacho bancario se calculaban intereses sobre un futuro matrimonio que todavía

ninguno de los implicados había consentido del todo.

Pero el amor—esa fuerza que desbarata cálculos—aguardaba entre valses y estufas de invernadero, listo para desplegar sus propias reglas. Solo necesitaba un leve empujón: el recuerdo de la risa de ella, la imagen de las manos de él aferrándola como si fuera lo más frágil y lo más vital al mismo tiempo. Y cuando las campanas del Big Ben anunciaran la hora exacta en que los caminos volvieran a cruzarse, ninguno de los dos recordaría las estrategias ni los planes; recordaría, en cambio, el sonido inconfundible de dos corazones que descubren, demasiado tarde, que no saben latir por separado.

Porque, a fin de cuentas, el destino puede disfrazarse de casualidad, la necesidad de orgullo, y la locura de valentía. Y esta es la historia de cómo una botánica americana y un barón inglés aprendieron que no hay acuerdo financiero capaz de detener una semilla cuando decide florecer.

Capítulo 1

Florero con espinas

El carruaje avanzaba lentamente por las adoquinadas calles de Londres, sacudiéndose con cada grieta como si la ciudad entera quisiera hacerle saber a Marigold Marquis que no pertenecía allí. Sentada con la espalda recta, el vestido apretado hasta el último botón, y el sombrero inclinado con una precisión que no era suya, miraba por la ventanilla como si el paisaje fuera una de esas láminas botánicas que tanto amaba estudiar. Todo parecía gris, uniforme y calculado. Incluso la primavera, que en América brotaba salvaje y colorida, aquí se manifestaba con una cautela casi temerosa.

—Parece más un museo que una ciudad viva —susurró como para sí, mientras el carruaje giraba frente a una hilera de casas gemelas con puertas negras y aldabas doradas. Madame Duverger, sentada a su lado, carraspeó.

—Una dama no murmura sola, madeimoselle. Ni observa con tanta intensidad. La contemplación debe ser delicada, no invasiva.

Marigold reprimió una sonrisa. Su institutriz parecía convencida de que la mirada podía considerarse un arma de mal gusto. Sin

embargo, su curiosidad no conocía fronteras. Observaba las esquinas, los vendedores, los niños en delantales grises, los jardines raquíticos rodeados de rejas... Cada rincón parecía contener una historia que nadie contaba.

La casa asignada para su hospedaje durante la temporada estaba en Belgravia, propiedad de una vieja amiga de su madre, Lady Cunningham, quien las recibiría hasta que encontraran una residencia propia o —más deseable aún, según todos— un esposo.

—Recuerda sonreír sin mostrar los dientes —indicó Madame Duverger mientras el carruaje se detenía.

—¿Y si alguien me hace reír de verdad?

—Recuerda que no estás aquí para que te hagan reír. Estás aquí para que te elijan.

Esa frase le quedó latiendo en el pecho mientras bajaba del carruaje, recogiendo su falda de muselina amarilla. La mansión era elegante, con columnas que imitaban el Partenón y un aire de solemnidad que parecía juzgarla desde el primer peldaño. Al abrirse la puerta, una ráfaga de perfume caro la envolvió. Lady Cunningham, envuelta en sedas color lavanda y con un peinado que desafiaba la física, avanzó como una reina en su corte.

—¡Querida niña! —exclamó extendiendo los brazos—. ¿Esta criatura encantadora es la hija de Juliette? Oh, ¡Dios bendito! Tienes su nariz. Y sus pecas. Y... ¿Eso es un cuaderno?

—Sí, anoto observaciones sociales. Estoy haciendo un estudio —respondió Marigold sin pensar.

Madame Duverger casi se desmaya.

Tras la bienvenida y una rápida inspección de su habitación (más sobria que lo que ella imaginaba), Marigold fue informada de que asistirían esa misma noche a un té de presentación en casa de Lady Ellesmere.

—La *crème* de la *crème,* querida. Todos los hombres disponibles de Londres estarán allí. O sus madres —explicó Lady Cunningham con una sonrisa que parecía tatuada.

—Perfecto —dijo Marigold—. Siempre quise estudiar mamíferos en su hábitat natural.

Madame Duverger soltó un sonido similar a una oración en latín.

Esa noche, el té comenzó con la habitual sucesión de saludos, reverencias y comentarios triviales sobre el clima. Marigold trató de recordar qué se decía después de "encantada" y si debía inclinar la cabeza o solo los párpados. Pronto descubrió que nadie esperaba que ella dijera nada sustancial. Solo debía parecer agradable, disponible... y silenciosa.

Cuando le presentaron al vizconde Lytton, Marigold intentó entablar conversación sobre el nuevo descubrimiento de flores carnívoras en Madagascar. El vizconde la miró como si hubiera mencionado canibalismo en la misa de Pascua. Luego carraspeó, se excusó y se alejó.

—¿Dije algo inapropiado? —preguntó a Madame Duverger quien parecía estar considerando fingir un desmayo para disimular la vergüenza.

—No, *madeimoselle*. Pero las damas no comen insectos. Ni mencionan plantas que lo hagan.

Marigold suspiró y se retiró a un rincón. Allí, entre las sombras de una maceta con helechos raquíticos, se convenció de que tenía dos opciones: seguir fingiendo ser una flor sin aroma, o abrazar sus raíces y florecer, aunque nadie comprendiera su perfume. Tomó su cuaderno, hizo una nota rápida: "Londres: clima hostil para especies únicas", y escondió una sonrisa.

Fue entonces cuando lo vio por primera vez.

Al otro lado del salón, cerca de la chimenea, un caballero de porte

elegante y expresión inescrutable conversaba con una condesa. Alto, moreno, con el cabello peinado hacia atrás con precisión militar y una cicatriz muy leve en la comisura de los labios. No sonreía. Observaba.

Marigold lo estudió con detenimiento. Había algo en su postura, en el modo en que no necesitaba levantar la voz para ser escuchado, que le resultaba magnético. Preguntó a Lady Cunningham quién era.

—Oh, él. Lord Michael Camus Dickinson, barón de Tornquist. Dicen que busca esposa… o más bien, que busca una fortuna con faldas. Pero su linaje es impecable, y su finca es una joya: si logra mantenerla en pie.

Marigold no apartó la mirada. Él parecía un roble en medio de un jardín de sauces, firme, arrogante, y completamente fuera de su alcance. Y sin embargo, como toda buena botánica, sabía que los robles también florecen.

Y entonces, como si lo hubiera invocado, él se giró. Sus miradas se encontraron. Fugaz, intenso. Y Marigold sonrió. No con los labios. Con los ojos.

Lord Tornquist desvió la mirada con la rapidez de quien está acostumbrado a no dejarse distraer. Pero algo en esa joven de vestido amarillo —tan diferente al resto, tan brillante y fuera de lugar— lo perturbó.

—¿Quién es esa criatura? —preguntó en voz baja al duque a su lado.

—Una americana —respondió su interlocutor con desdén—. Hija de un inventor. No sabe caminar ni conversar con propiedad. Pero tiene dinero. Mucho.

Michael no respondió. Solo volvió a mirar, apenas un segundo. Y luego decidió que, al día siguiente, haría algunas averiguaciones. Por

precaución. Por estrategia. No por otra cosa.

***

Esa noche, Marigold regresó a casa con una lista mental de todos los errores cometidos. Había derramado té, confundido a un vizconde con un eclesiástico y pronunciado mal el nombre de un duque. Pero también había sentido, por un segundo, que alguien la había visto.

Frente al espejo, se despojó del sombrero, de los guantes, y de la máscara. Se sentó junto a su cuaderno y escribió con trazo firme: "Hoy me miraron como si no fuera invisible. Eso basta por ahora".

***

En Tornquist Hall, Michael se sirvió una copa de whisky y se obligó a no pensar en la muchacha del vestido amarillo. En su expresión franca. En esa sonrisa medio contenida. En el modo en que no parecía encajar… igual que él.

Ambos se acostaron con un leve desasosiego. Ambos soñaron con jardines. Uno, perfectamente simétrico. El otro, salvaje, impredecible. Ambos, destinados a cruzarse.

Y mientras Londres dormía bajo un manto de niebla, las semillas de una historia imposible comenzaban a germinar.

Capítulo 2

Mandarinas y presentaciones

La mañana siguiente amaneció con un cielo impoluto, de esos que Londres ofrecía de forma tan poco frecuente que parecían una rareza milagrosa. Marigold se asomó al ventanal de su dormitorio con una taza de té que no había endulzado —nunca lo hacía— y con la cabeza llena de pensamientos poco apropiados para una dama recién llegada a la alta sociedad inglesa. Pensaba, concretamente, en mandarinas.

Más aún: en una carretilla desbocada de mandarinas que había invadido una calle adoquinada semanas atrás, en su primer día en Londres. Y en los brazos que la sujetaron con firmeza cuando tropezó. Los ojos grises que la miraron con sorpresa contenida. El aroma del instante. El calor inesperado.

—Seguramente no era nadie importante —murmuró, aunque sabía que mentía.

Había algo en ese hombre que la había dejado inquieta desde entonces. No lo volvió a ver desde aquel encuentro, pero lo recordaba con una claridad molesta. El modo en que la había

sujetado, como si su cuerpo no pesara nada, pero importara todo. La expresión del rostro que no supo clasificar: entre molesto, intrigado y... ¿fascinado, quizás? No. Eso era una ilusión romántica de su parte.

Marigold sacudió la cabeza como si pudiera espantar la escena. Tenía otras preocupaciones más inmediatas. Esa tarde, Lady Cunningham organizaría una merienda exclusiva con varios pretendientes potenciales. Hombres con títulos, cuentas bancarias en ruinas y madres ansiosas por sellar alianzas. Y ella debía comportarse.

En Tornquist Hall, Lord Michael Dickinson no había tenido una mañana mucho mejor. Se había despertado más temprano de lo habitual, incapaz de seguir ignorando el pensamiento que lo rondaba desde hacía días. Una joven de vestido amarillo, un choque imprevisto, y una risa que no sonaba como nada que hubiese escuchado en Londres.

No sabía su nombre. Pero la imagen permanecía nítida, más de lo que le gustaría.

—Me estoy volviendo un sentimental —masculló mientras abotonaba su chaleco frente al espejo—. Una mujer tropieza conmigo en la calle y de pronto no puedo pensar con claridad. Ridículo.

Y sin embargo, cuando el mayordomo le informó que esa misma tarde estaba invitado a una reunión social en casa de Lady Cunningham, algo en su estómago se contrajo con anticipación. No por la anfitriona. Ni por los otros asistentes. Era una corazonada que se negaba a morir: que ella estaría allí.

Se permitió pensar, solo un instante, que el destino no era del todo insensible. Luego se reprendió por su debilidad. Él no creía en el destino. Creía en las cuentas claras y en los matrimonios

estratégicos. Y si alguna vez se casaba, sería por necesidad, no por una risa fresca y un accidente con frutas cítricas.

***

La sala de Lady Cunningham estaba decorada con el gusto excesivo de quien desea impresionar. Cortinas bordadas, bandejas de plata, pequeños floreros con violetas de los Alpes y un aire cargado de perfume de rosas. Marigold llegó con un vestido azul celeste que contrastaba con el tapiz carmesí del salón. Se sentó en uno de los divanes, rodeada por dos damas que hablaban de sombrillas y tejidos como si fueran materias vitales. Ella asintió con una sonrisa vacía, hasta que la puerta principal se abrió.

Y entró él.

No hubo música. Ni suspiros. Ni un temblor dramático en el aire. Pero Marigold lo supo. Supo que era él antes incluso de que se girara. Lo reconoció por la espalda. Por el modo en que se detenía a medio paso, como quien mide el terreno antes de avanzar. Por la forma en que no necesitaba hablar para ser notado.

Michael también la reconoció al instante. No por su nombre —que aún desconocía— sino por el leve gesto que hizo al alisarse la falda, idéntico al que había visto después del choque. Y por sus ojos. Dorados, inmensos, con esa mezcla de determinación y ternura que solo las mujeres que no temen hacer el ridículo poseen.

—¿Quién es la joven de azul? —preguntó en voz baja a Lady Cunningham mientras tomaban asiento.

—¿Ella? La señorita Marigold Marquis. Americana. Hija de un inventor de cosas que explotan y botanista loco. Pero posee una fortuna de cuarenta mil libras. No es poca cosa.

Michael asintió. Por dentro, una pieza encajó con otra. Su instinto

no lo había traicionado.

—¿Desea que se la presente?

—Sí. Sería lo más adecuado.

Marigold sintió la punzada de nervios antes de que él llegara a su lado. No por temor, sino por la certeza absurda de que algo iba a cambiar. Lo supo en la piel, como si el aire se adelantara a los hechos. Cuando Lady Cunningham pronunció la presentación, ambos se miraron como si acabaran de confirmar una sospecha antigua.

—Señorita Marquis —dijo Michael con una inclinación breve pero cortés.

—Milord —respondió ella, sin reverencia exagerada, pero con una chispa en la mirada.

—¿Nos conocemos? —preguntó él fingiendo ignorancia.

—No lo sé. ¿Usted suele rescatar a damas de ser arrolladas por mandarinas?

Michael no pudo evitar una sonrisa genuina.

—No, señorita. Usted es la única.

Conversaron durante unos minutos. Primero de banalidades. Luego de frutas, lo que llevó a una discusión acalorada sobre si las naranjas eran superiores a las mandarinas. Finalmente, de viajes. Marigold notó que él escuchaba con atención, que sus respuestas eran breves pero inteligentes, que no la trataba como un adorno. Michael, por su parte, quedó sorprendido por la soltura con la que ella hablaba, por su naturalidad, por la forma en que parecía no encajar en ninguna categoría conocida.

Cuando se despidieron, lo hicieron con una inclinación correcta y una mirada que se prolongó apenas un segundo más de lo socialmente aceptable.

Lady Cunningham observó desde lejos y murmuró a Madame Duverger:

—Son como aceite y agua.

—O tal vez como fuego y pólvora —respondió la francesa, resignada.

Esa noche, Marigold escribió en su cuaderno: "El barón no sonríe con facilidad. Pero cuando lo hace, uno olvida todo lo demás. Hasta las reglas."

Y Michael, en su estudio, repasó mentalmente los nombres de todas las debutantes que había conocido en su vida. Ninguna lo había descolocado como esa joven americana que hablaba de botánica como si recitara poesía y le lanzaba verdades como si fueran guijarros en un lago.

No era el tipo de mujer con la que había planeado casarse. Pero por primera vez, el plan parecía menos importante.

Y ambos, sin saberlo aún, empezaban a escribir el primer capítulo de algo que pronto se saldría por completo de las páginas.

Capítulo 3

Rumores y afinidades peligrosas

El sol se filtraba con timidez a través de los visillos de encaje en casa de Lady Cunningham. Marigold, aún en bata de muselina, revisaba su cuaderno botánico en lugar de preparar su atuendo para el almuerzo con las esposas de varios miembros del Parlamento. Madame Duverger, que ya había intentado interrumpirla dos veces, se rindió al ver la mirada absorta de su pupila.

—Dígame, madeimoselle, ¿qué nota tan vital anota usted esta vez?

—He identificado al barón como una especie de roble inglés. Imponente, resistente, pero algo terco. Tengo la impresión de que le cuesta dejar crecer flores a su alrededor.

Mientras tanto, en el exclusivo club de caballeros Whitehall, la conversación giraba en torno a una nueva llegada a Londres: el vizconde Gerard Cresswell, un noble con sonrisa encantadora, bolsillos vacíos y un historial amoroso lo suficientemente escandaloso como para alimentar a la prensa por meses.

—Dicen que ha puesto la mira en la americana —comentó un

joven con copa en mano.

—¿La florero excéntrica?

—La misma. Tiene una fortuna que haría sonreír al mismísimo Primer Ministro. Cresswell no dejará pasar esa oportunidad.

Michael, sentado en un sillón junto a la ventana, escuchaba sin intervenir. Pero su mandíbula se tensó visiblemente. Y su copa de brandy quedó olvidada sobre la mesa.

No tenía derecho a indignarse. No eran más que conocidos. Apenas intercambiaron un par de frases y un recuerdo compartido con frutas desbocadas. Pero el solo hecho de imaginar a Gerard acercándose a ella con esa sonrisa falsa y sus juegos de encantador profesional lo llenaba de un fastidio que no podía racionalizar.

—No te importa —murmuró para sí—. No puedes permitirte que te importe.

Y, sin embargo, cuando pidió su abrigo para salir, el mozo lo miró con extrañeza. Era temprano aún. Pero el barón tenía algo que comprobar.

***

Esa tarde, Marigold fue invitada a una tertulia en casa de Lady Wexley. La promesa de té, pasteles y música en vivo no le entusiasmaba demasiado, pero accedió por cortesía. Sin embargo, su humor cambió apenas llegó y conoció a Lady Victoria Ashcroft.

Victoria era todo lo que la alta sociedad detestaba y temía: hablaba sin filtros, reía demasiado fuerte y no intentaba ocultar que había sido expulsada de un internado suizo por enseñar a las demás niñas a falsificar cartas de amor.

—¿Eres tú la americana? —preguntó acercándose con una taza de té en una mano y una empanadilla mordida en la otra.

—¿Y tú eres la causa del infarto de tres institutrices este mes? —respondió Marigold sin pensarlo.

Ambas se rieron. Y con ese sonido, nació una alianza.

Conversaron como si se conocieran de toda la vida. Victoria le habló de sus teorías sobre cómo infiltrar mensajes secretos en partituras musicales y de su pasión por los gatos callejeros. Marigold compartió su amor por las plantas carnívoras y sus intentos fallidos de aprender a bordar sin herirse.

—No entiendo cómo puedes estar en ese rincón de los floreros —dijo Victoria señalando con la cabeza a un grupo de jóvenes que hablaban de sedas y bodas—. Tú tienes alma de jardín salvaje, querida.

Marigold sonrió con ternura. Tal vez no estaba tan sola en Londres como creía.

Poco después, llegó Gerard Cresswell. Alto, de cabello claro y sonrisa calculada, se movía entre los presentes como un depredador en territorio conocido. Llevaba un bastón más por efecto que por necesidad, y sus ojos se posaron en Marigold como si ya la conociera.

—La señorita Marquis —dijo inclinándose con elegancia estudiada —. Al fin la encuentro.

—¿Nos conocemos?

—No aún. Pero tengo la impresión de que lo haremos.

Victoria rodó los ojos con disimulo y murmuró en voz baja:

—Aquí viene el pavo real.

Gerard la invitó a pasear por el invernadero de Lady Wexley. Marigold aceptó, intrigada por el personaje. El paseo fue una sucesión de cumplidos vacíos, gestos exagerados y menciones de París, Viena y Nápoles, todas convenientemente ligadas a su "sensibilidad artística".

Cuando pasaron junto a un macetón de helechos, una voz los interrumpió.

—Espero que el señor Cresswell no esté dando clases de jardinería. Sería un desastre para las begonias.

Marigold se giró. Michael estaba allí, con su mirada de acero templado y su tono tan afilado como el filo de una navaja. Gerard sonrió con fingida cortesía.

—Barón Dickinson, qué honor encontrarlo.

—Estoy seguro de que el honor es completamente suyo.

La tensión podía cortarse con un cuchillo de postre. Marigold miró a uno, luego al otro. Gerard intentó suavizar la atmósfera con una broma, pero Michael ni siquiera sonrió.

—Señorita Marquis —dijo él con voz más suave—. ¿Le importaría dar un paseo conmigo? El jardín trasero tiene una variedad inusual de clemátides.

Marigold aceptó, más por curiosidad que por cortesía. Mientras se alejaban, Victoria observaba con deleite.

—Esto va a ponerse interesante —dijo mientras mordía otra empanadilla.

Durante el paseo, Michael caminó en silencio unos metros antes de hablar. Finalmente se detuvo frente a una pérgola cubierta de glicinas.

—Debería tener más cuidado con quién acepta paseos.

—¿Y usted suele irrumpir en ellos sin invitación?

—Cresswell no es... confiable.

—¿Y usted sí?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Michael inspiró hondo.

—No lo sé. Tal vez no. Pero tampoco vine a fingir.

Marigold lo miró con atención. Había algo en su expresión que no era arrogancia ni orgullo. Era sinceridad. Y eso, en Londres, era un

lujo poco frecuente.

No se dijeron más. Caminaron en silencio entre los canteros hasta que ella habló:

—¿Es verdad lo que dicen en los clubes? ¿Qué estoy en la mira de medio Londres como una presa fácil?

—Sí. Lo dicen.

—¿Y usted también me ve así?

Michael se detuvo. La miró a los ojos.

—No. Yo la veo como una tormenta en primavera.

Ella parpadeó.

—¿Y eso es bueno?

—A veces arrasa. Pero también hace florecer lo que parecía muerto.

Marigold no supo qué responder. Así que sonrió. Como quien acepta una declaración sin nombres.

Capítulo 4

Tés, celos y decisiones impulsivas

El día siguiente amaneció con la típica bruma londinense envolviendo los tejados como un velo que no quería retirarse. En casa de Lady Cunningham, Marigold desayunaba pan con mermelada de ciruela mientras leía un tratado de hibridación floral como si fuera una novela. Madame Duverger la observaba como si esperara que, de un momento a otro, una semilla brotara de su oído.

—Hoy recibirá una invitación especial, madeimoselle —anunció dejando una carta lacrada sobre la mesa—. Viene de parte de Lady Clarisse Kensington y Lady Desdémona Hawthorne.

Marigold dejó el libro a un lado. Había oído hablar de esas mujeres: dos de las anfitrionas más influyentes de Londres, conocidas por su elegancia, su carácter… y su extraña predilección por apadrinar a las ovejas descarriadas del rebaño.

—¿Por qué me querrían invitar a mí? —preguntó Marigold examinando el sobre con recelo.

—Tal vez porque han visto lo mismo que yo —dijo Lady Cunningham desde la otra punta de la sala—. Que no eres un

florero, querida. Y eso puede ser muy útil o muy peligroso, dependiendo de a quién tengas cerca.

Marigold enarcó una ceja, pero no replicó. Estaba demasiado intrigada por la invitación. Y también por el hecho de que, desde el paseo con Michael, algo dentro de ella no dejaba de revolotear.

***

Mientras tanto, en otro rincón de Londres, Michael Dickinson se enteraba de que Gerard Cresswell había visitado a Lady Cunningham con un ramo de rosas para Marigold.

El vaso de whisky que sostenía no llegó a romperse. Pero lo pensó.

—¿Qué hace ese idiota rondando como si estuviera en una cacería? —murmuró entre dientes.

—Con todo respeto, milord —dijo Grayson, el contable, desde el umbral—, si desea mantener su distancia emocional, quizás no debería vigilarla como un sabueso.

Michael fulminó al hombre con la mirada. Pero sabía que tenía razón. No podía permitirse perder la cabeza por una joven, por más interesante, brillante e irritantemente encantadora que fuera. Y sin embargo, ahí estaba, imaginando a Gerard inclinándose con esa sonrisa falsa, recitando versos ajenos y hablando de cosas que no entendía solo para seducirla.

—Necesito verla —dijo de pronto. Grayson arqueó una ceja.

—¿Con qué excusa?

—Una visita de cortesía. Una entrega floral. Un impulso estúpido. Elija usted.

Horas más tarde, un carruaje elegante se detuvo frente a la casa de Lady Cunningham. De él descendió Michael, vestido con la

sobriedad de quien no quiere parecer desesperado, pero ya ha fracasado en el intento. Portaba una pequeña caja de madera, con una flor seca en su interior: una variedad de campanilla azul traída de Escocia.

Cuando Marigold bajó las escaleras y lo vio en la entrada, se detuvo en seco.

—¿Milord...?

—He pensado que le gustaría esto —dijo extendiéndole la caja—. Dijo que coleccionaba especies raras. Esta es única. Como usted.

El silencio fue tan inesperado como el gesto. Marigold abrió la caja, contempló la flor y sintió que el corazón se le apretaba sin aviso.

—Es hermosa —susurró—. ¿Por qué haría algo así?

Michael la miró, serio.

—Porque me molestó imaginar a otro trayéndole algo que no signifique nada. Y porque prefiero ser imprudente que hipócrita.

Marigold no supo qué contestar. Nunca nadie había hecho algo así por ella. Y mucho menos alguien como él.

—Gracias —dijo finalmente. Y esa palabra, tan sencilla, quedó flotando entre ambos como una promesa aún no revelada.

Esa tarde, Marigold acudió a la cita con Lady Clarisse y Lady Desdémona. El salón donde la recibieron era luminoso, perfumado con lavanda, y tan elegante como acogedor. Las damas, vestidas con refinamiento, pero sin excesos, la invitaron a sentarse entre tazas de porcelana y bizcochos de limón.

—Señorita Marquis —comenzó Lady Clarisse con voz cálida—, sabemos que ha sido objeto de miradas, comentarios y… ciertas aproximaciones poco sutiles.

—Y no nos referimos solo al señor Cresswell —añadió Lady Desdémona con una sonrisa traviesa.

Marigold se enrojeció.

—Me temo que no sé qué decir.

—No necesita decir nada —respondió Lady Clarisse—. Solo escuchar. Y permitirnos ayudarla.

Durante más de una hora, hablaron sin filtros. Las damas le ofrecieron consejo, respaldo social y algo aún más valioso: sinceridad. Le dijeron a quién evitar, en quién confiar, y cómo jugar el juego sin perderse a sí misma.

—Hay muchas formas de navegar por Londres —dijo Lady Desdémona—. Pero si va a hacerlo siendo usted misma, necesitará aliadas.

—¿Y qué esperan de mí a cambio? —preguntó Marigold con franqueza.

—Nada —respondió Lady Clarisse—. Excepto que no permita que la conviertan en algo que no es. Hay demasiados floreros ya. Y usted es una flor salvaje. De las que no se marchitan.

Cuando Marigold regresó a casa, aún llevaba la flor escocesa en la mano. Subió a su habitación, la colocó con cuidado en una repisa, y se sentó a escribir en su cuaderno:

"Hoy, dos mujeres me ofrecieron protección sin condiciones. Y un hombre me ofreció una flor sin exigir nada. Tal vez Londres no sea un campo minado, sino un jardín en disputa".

***

Mientras tanto, Michael, en su estudio, releía una nota que había dejado dentro de la caja sin que ella lo supiera: una sola frase, escrita con pulso firme: "No me gustan las flores. Pero me gustan las que florecen donde nadie espera."

Y eso, para él, era tan revelador como cualquier confesión.

Capítulo 5

Máscaras y verdaderos rostros

La invitación llegó en una caja de terciopelo azul con bordes dorados. Al abrirla, una tarjeta perfumada anunciaba el evento más comentado del mes: el baile de máscaras en casa de los duques de Greystone. Marigold levantó una ceja al leer la caligrafía elegante y exagerada.

—¿Baile de máscaras? —preguntó a Lady Cunningham.

—Una tradición que permite a los nobles comportarse como plebeyos sin que nadie los juzgue. Y a los plebeyos fingir que son nobles por una noche. Es el evento perfecto para observar el alma real de Londres.

—O para disfrazarla mejor —murmuró Marigold. Pero aceptó asistir. Tenía la sensación de que aquella noche cambiaría cosas.

Marigold eligió un vestido verde esmeralda con detalles dorados que resaltaban su cabello y una máscara de hojas metálicas que cubría apenas lo justo. Victoria apareció en la puerta de su habitación con una máscara de encaje negro y una capa que hacía parecer que estaba a punto de cometer un crimen glorioso.

—Pareces una ninfa dispuesta a incendiar un palacio —dijo Marigold al verla.

—Y tú pareces la reina del bosque que me ordena hacerlo —respondió Victoria con una reverencia teatral.

Ambas rieron, compartiendo una complicidad cada vez más íntima. Esa noche no serían floreros. Serían fuego.

En el salón de los duques, candelabros de cristal colgaban como constelaciones sobre los invitados enmascarados. La música flotaba ligera, y el rumor de sedas rozando mármol componía una sinfonía sutil. Marigold y Victoria bailaron con desconocidos, probaron dulces prohibidos y compartieron miradas cómplices.

—¿Sabes lo que más amo de ti, Marigold? —dijo Victoria mientras se servían champagne en una esquina—. Que no finges no ver lo que todos quieren esconder. Tienes esa forma irritante y maravillosa de nombrar las cosas por lo que son.

—¿Y sabes lo que yo más amo de ti? —replicó Marigold—. Que no me haces sentir sola por hacerlo.

En otro sector del salón, Michael observaba. Desde su llegada había estado buscando una figura específica. La vio a lo lejos, riendo con Victoria, y sintió ese tirón inevitable que lo frustraba tanto como lo atraía. Pero antes de poder acercarse, una mano lo detuvo.

—Barón Dickinson —saludó Gerard Cresswell con una máscara plateada y una sonrisa más falsa que su título de nobleza intacta.

—Vizconde Cresswell —respondió Michael con sequedad.

Ambos se retiraron a un salón lateral, bajo la excusa de buscar brandy. Lo que encontraron fue tensión contenida y una conversación inevitable.

—No es propio de ti comportarte como un perro guardián —dijo Gerard sirviéndose una copa con elegancia estudiada.

—Y no es propio de ti interesarte en alguien que no puedas

arruinar.

Gerard rio, un sonido hueco.

—¿Te molesta que alguien más vea su valor? ¿O te molesta que ella no te pertenezca?

Michael se mantuvo en silencio. Pero su mirada decía más que mil palabras.

—No juegues con ella —dijo por fin con voz baja y firme—. No es una más de tus conquistas.

—No me subestimes, barón.

—No te estoy subestimando, Gerard. Te estoy advirtiendo.

Mientras tanto, en el jardín iluminado por faroles tenues, Marigold y Victoria se habían escapado para respirar lejos de las miradas. Caminaban descalzas por el césped húmedo, con las máscaras colgando de sus manos.

—¿Alguna vez te enamoraste? —preguntó Marigold de pronto.

Victoria la miró de reojo.

—Una vez. De una pianista francesa que me rompió el corazón con más gracia que Chopin.

Marigold sonrió.

—No esperaba esa respuesta.

—Yo tampoco. Pero así es el amor. Te desarma incluso cuando creías que ya no tenías piezas sueltas.

Se sentaron sobre un banco de piedra. El silencio entre ellas era cómodo, el tipo de silencio que solo ocurre cuando dos personas ya no necesitan fingir.

—¿Y tú? —preguntó Victoria—. ¿Te has enamorado alguna vez?

Marigold pensó en Michael. En sus ojos. En sus silencios. En la flor escocesa.

—No lo sé —respondió honestamente—. Pero a veces siento que hay alguien en mi vida que podría enseñarme a hacerlo.

Victoria no preguntó más. Solo le ofreció su mano. Y Marigold la tomó. Dos mujeres, dos almas libres, desafiando un mundo que prefería tenerlas calladas.

Dentro, Michael regresó al salón principal buscando con la mirada pero no las encontró. Un extraño hueco se instaló en su pecho. Como si la noche se hubiera apagado un poco.

—No puede importarme tanto —pensó. Pero ya era tarde.

Porque cuando alguien entra en tu vida con la fuerza de un huracán disfrazado de flor, no hay muro que pueda resistir demasiado tiempo.

Y en algún rincón del jardín, Marigold escribía mentalmente una frase para su cuaderno: "Las máscaras no ocultan lo que brilla por sí solo. Y esta noche, brillamos sin pedir permiso".

Capítulo 6

Heridas que florecen en la noche

Los días posteriores al baile se convirtieron en una secuencia de recuerdos que Marigold no podía ordenar del todo. La máscara verde aún descansaba sobre su tocador, como un recordatorio de una noche en la que algo, sin saber cuándo ni cómo, había cambiado. Michael había desaparecido apenas concluyó el baile, y aunque no volvió a buscarla, ella podía sentir la presencia de sus ojos incluso cuando no estaban allí.

—Deberías dejar de pensar tanto en él —le dijo Victoria una tarde mientras caminaban por Hyde Park—. O terminarás escribiendo una tragedia en lugar de un estudio botánico.

—No pienso en él.

—Y yo no escondo gatos en mi armario.

Ambas rieron. Pero Marigold sabía que había algo que se estaba enredando dentro de ella. Algo que no podía nombrar aún.

Michael, por su parte, había intentado mantener distancia. Pero cada intento lo acercaba más: al verla cruzar la calle con una rama de lavanda en la mano, al recibir noticias de que había asistido sola

a una exposición de plantas raras o al escuchar su nombre en boca de otros hombres, pronunciado con demasiada ligereza.

Finalmente, decidió actuar.

Esa mañana, organizó una visita con Lady Cunningham bajo la excusa de devolver un libro que jamás había pedido prestado. Lo hizo con la esperanza de ver a Marigold. Y cuando ella apareció en la puerta de su casa acompañada de su institutriz, dejando a lady Cunningham en el carruaje, vestida de azul pálido y con una trenza mal hecha colgando sobre el hombro, supo que no había excusa suficiente que justificara lo mucho que deseaba verla.

—¿Otra entrega botánica? —preguntó Marigold con una sonrisa al notar el paquete envuelto en papel de estraza que él sostenía.

—Un ejemplar de "Flora Britannica". Edición antigua. Pensé que... podría interesarte.

—¿Pensó o esperó?

Michael bajó la mirada por un instante, y luego la sostuvo.

—Ambas.

El silencio entre ellos fue interrumpido por la llegada abrupta del mayordomo, pálido y nervioso.

—Milord... hay una dama en la entrada. No ha querido dar su nombre, pero... creo que es su hermana.

Michael frunció el ceño.

—¿Catherine? ¿Elizabeth?

El mayordomo asintió con rapidez.

—Lady Elizabeth, milord. Y… trae consigo a una niña. Parece lastimada.

Michael no esperó más. A grandes zancadas cruzó el vestíbulo y abrió la puerta. Allí estaba su hermana menor, Elizabeth Dickinson, con la ropa arrugada, la mirada desencajada y un brazo rodeando con fuerza a una niña de unos seis años que se escondía tras su

falda.

—Michael —susurró Elizabeth—. No sabía a dónde ir.

Y entonces él vio la venda improvisada en el brazo de la niña. Y la furia se apoderó de él sin pedir permiso.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz grave.

Elizabeth tragó saliva.

—Fue Frederick. Esta vez... fue peor. Siempre fue cruel conmigo, pero yo podía resistirlo. Pero anoche… —Se quebró—. Le gritó a Rose. Porque no era un varón. Porque no hablaba como él quería. Porque se le cayó una copa. Le fracturó el brazo, Michael. A su propia hija.

Michael apretó los puños.

—Entra. No volverás con él. Jamás.

—No tengo a dónde ir.

—Sí tienes. Tienes esta casa. Y a mí.

Y al decirlo, sintió algo romperse dentro de sí. No el dolor, sino la dureza que lo había mantenido a salvo durante años.

Marigold observó todo desde un rincón de la estancia. No dijo nada. Solo se movió con calma y se acercó a la niña —que la miraba con ojos como faroles—arrodillándose a su altura.

—Hola, Rose. Soy Marigold.

La pequeña la observó con miedo.

—¿Te gustan las flores?

La niña asintió levemente.

—Tengo semillas en mi bolso. Puedo enseñarte a cuidarlas, si quieres. Algunas solo florecen si les hablas bonito.

Fue la primera sonrisa que Rose mostró en horas. Elizabeth la vio y rompió a llorar en silencio.

—Gracias —murmuró—. No sé quién eres, pero gracias.

Esa noche, el ala este de la casa de Michael volvió a abrirse por

primera vez en años. Se preparó una habitación para Elizabeth y otra para Rose. Marigold se quedó un rato más, conversando en voz baja con la pequeña, contándole historias de flores que dormían durante años antes de abrirse.

Michael la observaba desde la puerta. No dijo nada. No se atrevía.

Pero cuando ella se despidió para volver con Lady Cunningham, él la acompañó hasta el carruaje.

—Gracias por quedarte —dijo él.

—No hice nada especial.

—Sí lo hiciste.

Y antes de que ella pudiera responder, él tomó su mano, la besó con suavidad y luego la soltó.

No dijo más. Pero Marigold subió al carruaje con el corazón latiendo como si acabara de correr una maratón entre jardines salvajes.

Capítulo 7

Ecos del escándalo y brotes de ternura

Los días posteriores a la llegada de Elizabeth y Rose a Tornquist Hall fueron un torbellino de emociones contenidas. La casa, antes silenciosa y estructurada, comenzó a respirar de una forma distinta.

Marigold, que se presentó cada tarde con una excusa nueva —una infusión de manzanilla para el sueño, un cuaderno de dibujo para Rose, o una nueva receta americana para probar—, se convirtió en parte del día a día con una naturalidad desconcertante.

Michael observaba su ir y venir desde la biblioteca, con un agradecimiento silencioso que no lograba traducir en palabras. Y con una inquietud creciente: su nombre, el de ella, y su cercanía comenzaban a circular por salones de té y clubes privados como un perfume que no se podía evitar.

—Dicen que la señorita Marquis visita a Tornquist sin dama de compañía —susurró una marquesa a otra, con una sonrisa venenosa.

—Y que pase horas allí. Y que la niña la llama "hada de las flores".

—Una americana sin reglas, y un barón arruinado... Imagínate los

rumores.

Las habladurías crecían como malas hierbas. Lady Cunningham intentó advertirla. Madame Duverger hizo todo lo posible por contenerla. Pero Marigold simplemente dijo:

—No voy a dejar de visitar a una niña asustada y a una mujer rota porque otras damas no tienen otra cosa que hacer más que imaginar escándalos.

En Tornquist, Rose comenzaba a reír. Primero en murmullos. Luego en carcajadas suaves. Se aferraba a Marigold cuando llegaba, corría a mostrarle los progresos de su maceta de lavanda, y comenzaba a pronunciar palabras que no decía en voz alta desde hacía meses.

Elizabeth lloraba a escondidas. Pero también comenzaba a comer mejor, a caminar por los jardines, a escribir cartas sin destinatario para sacar de su pecho lo que nunca había dicho.

Michael lo veía todo. Y cada noche, cuando cerraba la puerta de su estudio, se permitía pensar que quizás Tornquist no estaba en ruinas. Solo esperando la semilla adecuada.

Una tarde, mientras Marigold ayudaba a Rose a dibujar un girasol, Michael la observó desde el umbral.

—¿Sabes? —dijo en voz baja—. Cuando era niño, mi madre me decía que los girasoles crecen más altos cuando los plantas cerca del corazón de alguien bueno.

Marigold alzó la mirada y sonrió.

—Entonces Rose tendrá el jardín más alto del reino.

Michael cruzó la habitación, se detuvo junto a ellas, y tomó la mano de Marigold con una determinación temblorosa.

—No me importa lo que digan.

—¿Quiénes?

—Todos.

Ella bajó la vista.

—Tampoco me importa a mí. Pero me duele que lo usen para atacarte.

Esa noche, Michael escribió una carta que no envió. Una confesión escrita en tinta negra y con una caligrafía más temblorosa de lo que admitiría jamás. En ella, decía que nunca había conocido a alguien como ella. Que no sabía qué hacer con todo lo que le despertaba. Que le temía menos al escándalo que a no volver a verla.

Guardó la carta en el primer tomo de su biblioteca: el herbario de su madre.

Marigold, por su parte, escribía en su cuaderno: "Las flores no preguntan si deben florecer. Solo lo hacen. Aunque todos las miren mal por hacerlo fuera de temporada."

Y Rose, dormida con la mano aferrada a una lavanda floreciente, fue la única que no pensó en el escándalo. Solo en que, por fin, se sentía segura.

Capítulo 8

El rugido de las flores

La invitación al baile de la marquesa de Halberton llegó bordada en hilo de plata y sellada con un blasón antiguo. Era uno de los eventos más prestigiosos de la temporada, y su asistencia era casi una obligación para todo aquel que deseara mantener alguna posición en la alta sociedad.

Michael no pensaba asistir. No después de los rumores, ni con su hermana y su sobrina aún sanando en su casa. Pero fue Elizabeth quien insistió.

—Debes ir —le dijo—. No porque ellos lo merezcan. Sino porque tú sí. No dejaré que me escondas a mí ni a Rose como si fuéramos vergüenza.

Y así, Michael fue. Y Marigold también. Acompañada por Lady Victoria, con un vestido dorado que parecía extraído del sol mismo y una actitud que desafiaba a cualquiera a juzgarla.

Todo parecía marchar con relativa calma hasta que, cerca de la medianoche, las puertas del salón se abrieron y entró lord Frederick Ashcombe, con la frente en alto, la mirada altiva y un rastro de

veneno en los labios.

—¿Quién lo ha invitado? —susurró Lady Clarisse a Desdémona.

—Su familia aún tiene poder. Y muchas puertas se abren cuando uno las fuerza.

Frederick no tardó en localizar a Michael. Se dirigió hacia él con pasos lentos, midiendo cada centímetro del escándalo que estaba a punto de provocar.

—Te has llevado lo que es mío —escupió apenas a un palmo del rostro de Michael.

—No estamos en la Edad Media —respondió Michael con la mandíbula tensa—. Tu esposa y tu hija no son tus propiedades.

—Ella es mi mujer. Y la niña...

—Cuidado —interrumpió Michael—. El próximo insulto lo pagarás con sangre.

Los asistentes comenzaron a rodearlos. El murmullo crecía como una tormenta. Michael dio un paso adelante. Frederick apretó los puños. La tensión se volvió insoportable.

Fue entonces cuando Marigold y Victoria se interpusieron.

—Por favor, no lo hagas —le susurró Marigold a Michael tomándolo del brazo—. Eso es lo que él quiere. Un escándalo. Un puñetazo que puedas lamentar.

Victoria, por su parte, se volvió hacia Frederick con una sonrisa helada.

—¿Golpearás a un barón delante de toda la nobleza? ¿O solo eres valiente con mujeres y niñas desarmadas?

El golpe no ocurrió. Pero el escándalo estalló igual. Y la marquesa, con una voz afilada como una daga, exigió que Frederick se retirara inmediatamente de su casa.

Él se fue. Pero no sin antes prometer:

—Esto no ha terminado.

Al día siguiente, Tornquist Hall fue despertado por los cascos de un carruaje violento. Frederick descendió de él sin previo aviso y exigió ver a su esposa.

—¡Elizabeth! ¡Sal de ahí! ¡Tengo derecho! ¡Ella es mi hija!

Michael apareció de inmediato, con la furia contenida del día anterior a flor de piel.

—No tienes derecho a levantar la voz en esta casa.

—¡Esa niña es mía! ¡Y me la devolverán por las buenas o por las malas!

Rose apareció en el umbral. Había estado escondida detrás de una cortina, con Marigold. Pero esta vez, no se dejó detener. Caminó con pasos pequeños, pero decididos, hacia su padre.

Él la vio.

—Rose...

Ella lo miró en silencio. Luego alzó la pequeña maceta de lavanda que siempre llevaba consigo.

Y la arrojó al suelo. Frente a él. Las raíces, las flores, la tierra: todo se desparramó entre sus pies.

—Ya no soy tu flor —dijo con voz temblorosa—. No quiero crecer más en tu jardín.

El silencio fue absoluto.

Frederick, paralizado por el gesto, no encontró palabras. Michael se colocó entre ambos.

—Has escuchado a tu hija.

Elizabeth apareció entonces, con la frente en alto y una valentía nacida del dolor.

—No volveremos contigo. Ni ahora, ni nunca.

Frederick se marchó. Esta vez sin amenazas. Sin gritos. Solo con el sonido de una puerta que se cerraba tras él y un silencio que se sentía como libertad.

Esa tarde, Marigold encontró a Rose junto al nuevo brote de lavanda, plantado con ayuda de Victoria.

—¿No te arrepientes de romper la otra? —le preguntó.

—No. Esa nació en el miedo. Esta crecerá en casa.

Marigold se arrodilló a su lado, y juntas escribieron en una piedra pequeña: "Aquí florece lo que no se rinde."

Y cuando Michael llegó más tarde, con el rostro cansado pero el corazón liviano, solo dijo una cosa:

—Gracias por salvarnos a todos.

La miraba a ella.

Y Marigold, por primera vez, no supo si responder… o dejarse abrazar por la emoción que le florecía por dentro.

Capítulo 9

Alianzas, amenazas y verdades que arden

La mañana se filtraba en Tornquist Hall como si quisiera quedarse a vivir. Marigold caminaba por el jardín recién regado con una taza de té en las manos y el cabello recogido de cualquier manera. Desde el escándalo con Frederick, la casa parecía más viva. Más suya.

Michael la observaba desde el porche, una mano en el bolsillo, la otra sosteniendo un libro abierto que no leía.

—Deberías usar sombrero —dijo al verla entre las flores—. El sol no perdona.

—Tampoco yo —respondió ella con una sonrisa.

Y en ese cruce sencillo, con las palabras flotando como polen en primavera, algo se hizo más profundo. Ya no eran solo aliados. Ya no eran solo curiosidad. Había ternura. Había confianza. Había un "nosotros" que aún no se atrevía a ser pronunciado.

Mientras tanto, en una residencia al norte de Belgravia, Lady Victoria se encontraba en un té organizado por la condesa de St. John. Contra su costumbre, había aceptado la invitación por

insistencia de su madre.

La velada era todo lo que detestaba: sonrisas forzadas, cuchillos afilados en forma de comentarios, y hombres con manos que se sentían con derecho a rozar donde no debían. Uno de ellos, el vizconde Langley, se acercó demasiado durante una conversación anodina sobre política francesa.

—Tiene usted una piel muy... artística —dijo con voz pastosa apoyando los dedos en su muñeca sin permiso.

Victoria se apartó de un tirón y le arrojó el contenido de su taza.

—Y usted un descaro propio de una rata.

El salón estalló en murmullos. Victoria fue expulsada de inmediato, con la condesa exigiendo disculpas públicas.

Victoria solo se giró y dijo:

—Me disculparé el día que las ratas merezcan respeto.

La noticia no tardó en llegar a todos los rincones de Londres. Y mientras Victoria regresaba a casa con la cabeza en alto, pero las manos temblorosas, los salones se llenaban de nuevos rumores.

—Una protegida de Marigold Marquis. Lo que se espera de semejante compañía.

—Y ella misma, ¿habéis oído? Que duerme en Tornquist Hall. Que lo hechizó. Que será baronesa antes de Navidad.

Marigold ignoraba la magnitud del murmullo hasta que Lady Desdémona, con esa franqueza que no pedía permiso, se lo dijo.

—Estás en boca de todos, querida. Algunos por envidia, otros por costumbre. Pero todos porque te ven peligrosa.

—¿Peligrosa?

—Una mujer que inspira lealtad, deseo y cambio... siempre lo es.

Esa tarde, mientras Marigold ayudaba a Rose con un herbario y Victoria descansaba con un gato sobre el regazo, Michael entró a la sala con expresión severa.

—Tenemos visita.

—¿Quién? —preguntó Marigold.

—Gerard Cresswell.

Victoria gruñó. Rose se escondió tras un almohadón. Y Marigold sintió una punzada de cansancio antes de siquiera verlo.

El vizconde entró como si la casa le perteneciera.

—Señorita Marquis —saludó—. Tenía que verla. El clima de escándalo que la rodea... me preocupó.

—¿Preocupado por mí o por su reputación? —preguntó Marigold con el tono afilado de quien ya no está dispuesta a fingir interés.

Michael no dijo nada. Pero se acercó. Se colocó junto a ella. La mano rozando la suya. Una señal clara.

—Cresswell —dijo con voz firme—. Esta conversación ha terminado.

—¿Y usted quién es para decidir por ella?

—El hombre que está a su lado, no por encima de ella. Y eso lo cambia todo.

Gerard frunció los labios. Se giró hacia Marigold, con una sonrisa torcida.

—Ten cuidado a quién le entregas el corazón. A veces, los hombres nobles no tienen nada dentro. Solo silencio.

—Y a veces —respondió Marigold—, es en ese silencio donde florecen las cosas más valientes.

Cresswell se retiró. Y en la sala quedó un silencio denso. Victoria lo rompió con un suspiro teatral.

—¿Es muy pronto para brindar con brandy?

Todos rieron. Hasta Rose.

Y en medio de la risa, Michael tomó la mano de Marigold. Esta vez sin excusas. Esta vez, sin soltarla.

Capítulo 10

Un beso, una corona, una alianza inesperada

Londres entera parecía contener la respiración. Era el cumpleaños de Su Majestad la Reina, y el evento anual en su honor reunía a lo más encumbrado —y lo más desesperado— de la alta sociedad. Las debutantes ensayaban sonrisas frente al espejo, los sastres no daban abasto con las últimas pruebas, y los salones se llenaban de especulaciones sobre quién sería presentada, quién caería en desgracia… y quién sería bendecida con una mirada de aprobación real.

—Este año todo está más feroz que nunca —murmuró Lady Desdémona mientras ajustaba el broche del vestido de Marigold—. Las madres están dispuestas a degollar por una reverencia frente a la Reina.

—¿Y yo qué se supone que haga?

—Caminar como si supieras algo que ellas no. Porque lo sabes.

Tornquist Hall estaba en un estado de nervios inusual. Michael, que normalmente evitaba cualquier acto público, decidió asistir por

una única razón: Marigold. Si iban a hablar de ellos, que lo hicieran con los ojos puestos en la verdad.

Elizabeth, por su parte, se debatía entre asistir o no. Rose aún estaba sensible, pero más fuerte. Y Michael había recibido una carta inesperada esa mañana: Frederick había presentado un reclamo formal en la Corte, exigiendo la custodia de su hija bajo el argumento de "rescate familiar".

—Está loco —dijo Elizabeth—. No lo dejaré ganar.

—Y no lo hará —replicó Michael.

Pero el miedo se instaló como un pájaro oscuro sobre sus hombros. Hasta que llegó la segunda carta. Con el sello real.

Elizabeth la leyó dos veces.

—Su Majestad quiere hablar conmigo. En privado.

La celebración tuvo lugar en el Palacio de St. James, con jardines vestidos de guirnaldas y fuentes perfumadas con agua de rosas. Las damas competían por atención, los caballeros por alianzas, y los músicos por mantener el tono sobre el bullicio.

Marigold caminaba por los senderos de grava junto a Michael, con una compostura que solo se quebraba por dentro. Se sentía juzgada. Observada. Y, al mismo tiempo, libre.

—¿Siempre son así estas celebraciones? —preguntó.

—No. A veces son peores.

—Y aún así viniste.

—Porque tú viniste.

Michael la miró como si no hubiera nadie más.

Y entonces ocurrió. No hubo preámbulo ni permiso. Sólo un paso hacia adelante, una mano en su cintura y el roce de unos labios que no pedían explicación. Fue un beso contenido, honesto, y tan inevitable como la lluvia después del trueno.

Cuando se separaron, no hubo palabras. Solo una mirada cargada

de todo lo que no sabían decir.

—Ahora sí hablarán de nosotros —dijo Marigold, aún sin aliento.

—Que lo hagan con razón, entonces —respondió Michael.

Mientras tanto, en un salón lateral, Elizabeth era recibida por la Reina con una cortesía silenciosa. Su Majestad, vestida con tonos marfil y perlas antiguas, la observó con atención mientras Elizabeth relataba, por primera vez sin omitir detalles, lo que había soportado.

—¿Y por qué ha decidido hablar ahora, lady Dickinson? —preguntó la Reina.

—Porque ya no tengo miedo.

—Esa es razón suficiente —dijo la Reina. Luego tomó su copa de té y añadió, casi como un susurro—: Hay hombres que creen que el poder justifica la crueldad. Es hora de demostrarles que el verdadero poder es proteger. Usted tendrá mi apoyo. El reclamo de Lord Ashcombe no prosperará.

Horas más tarde, cuando Elizabeth salió al jardín para respirar, encontró a Michael y Marigold bajo una glorieta de glicinas. Rose jugaba cerca con Lady Victoria, libre y ajena a los dramas del mundo adulto.

—Su Majestad me ha prometido que hablará personalmente con los magistrados. No solo eso, me ha pedido que considere… liderar un comité para apoyar a mujeres en situación similar.

Michael se acercó y la abrazó.

—Estoy orgulloso de ti.

—Yo también —dijo Marigold, con los ojos húmedos.

—¿Y tú? —preguntó Elizabeth, con una media sonrisa—. ¿Tú estás enamorada de mi hermano?

Marigold miró a Michael.

—Todavía no sé cómo se siente el amor verdadero.

—¿Y esto qué es?

—Esto… se siente como crecer al sol. Como si no tuviera que esconder mis raíces.

Michael le tomó la mano. Y esta vez, nadie tuvo que decir nada más.

Capítulo 11

Escándalos, semillas y rescates

La mañana después del cumpleaños de la Reina, Londres despertó con un nuevo rumor: el barón de Tornquist había besado a la excéntrica señorita Marigold Marquis en los jardines del palacio, a la vista —y murmullo— de todos.

No importaba que fuera un gesto tierno, ni que ambos parecieran sumamente felices. Lo que importaba era que ella no era inglesa, que vivía bajo su techo sin estar casados y que las lenguas más afiladas estaban ansiosas por hacer sangrar su reputación.

—¿Crees que afectará nuestras posibilidades? —preguntó Marigold jugando con los bordes de una carta sin abrir.

—¿De qué?

—De tener una vida tranquila.

—Lo que sea que digan de ti… yo lo convertiré en verdad, si así lo deseas.

Pero en el club de caballeros, Gerard fruncía el ceño mientras doblaba un periódico con gesto violento.

—Se la ha llevado a su casa como si fuera una cortesana… —

gruñó—. No puedo permitirlo.

Y entonces, planeó su jugada más riesgosa.

Durante una cena organizada por el vizconde Lennox, Gerard se aseguró de sentarse junto a Marigold. Michael estaba demorado con la llegada de Elizabeth al evento, quien había sido llamada al Palacio de Buckingham para recibir una misiva oficial.

—Mi querida señorita Marquis —dijo Gerard en voz alta, haciendo sonar su copa—, no puedo más que celebrar nuestra inminente unión.

La sala enmudeció.

Marigold parpadeó.

—¿Perdón?

—¿No han oído? Hemos llegado a un entendimiento. La señorita y yo planeamos comprometernos muy pronto.

El escándalo fue instantáneo. Michael llegó justo a tiempo para ver cómo todos los ojos se clavaban en Marigold, cuya expresión pasaba de la incredulidad a la rabia.

—¡Eso es una mentira! —exclamó ella poniéndose de pie.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces qué hacías en mi carruaje hace dos días? ¿Y por qué tus cartas me decían que ansiabas una vida a mi lado?

—¡Jamás te he escrito!

—Quizás tú no… pero alguien lo hizo con tu letra.

Michael se abrió paso entre la multitud y, sin más, tomó la mano de Marigold.

—Esta mujer está bajo mi protección. Quien se atreva a mancillar su nombre tendrá que vérselas conmigo.

El silencio fue absoluto. Hasta que una dama mayor dijo:

—Eso no cambia que viva bajo tu techo.

—Cambiará muy pronto —dijo Michael sin apartar la vista de Marigold.

Al día siguiente, Elizabeth irrumpió en el salón de Tornquist Hall con la misiva en la mano.

—La Reina desea fundar un hogar para mujeres en riesgo. Me ha pedido que lo dirija. Dice que mi historia podría inspirar a otras a buscar ayuda.

—¿Un hogar como el de Selene y Ciarán? —preguntó Marigold.

—Sí. Una casa para mujeres quebradas, que merecen volver a florecer. La llamaremos... aún no lo sé.

—Llámenla como quieran —dijo Michael—, pero esa casa nacerá de la verdad y la esperanza.

Rose, que había estado escuchando desde la escalera, bajó con su muñeca favorita entre los brazos.

—¿Y puedo ayudar a cuidar a las niñas?

—Claro que sí, mi amor —dijo Elizabeth con una sonrisa que le iluminó las lágrimas.

Y aunque los rumores seguían creciendo allá afuera, adentro, algo hermoso acababa de nacer.

Capítulo 12

La primavera comenzaba a instalarse sobre Londres como un susurro de esperanza. Bajo ese nuevo aire, Tornquist Hall se transformaba: planos sobre mesas, telas para cortinas, nombres anotados, y mujeres con historias difíciles comenzaban a ser mencionadas con ternura y decisión.

La Reina había ofrecido su bendición, incluso su financiamiento inicial, y Elizabeth se convertía en el rostro público de aquella misión: levantar un hogar donde ninguna mujer fuera desechada jamás.

—Quiero que las niñas lleguen sin miedo. Que entren a un lugar donde puedan dormir sin sobresaltos —dijo una mañana mientras mostraba a Michael y Marigold un primer bosquejo de lo que sería la Casa Rosethorn.

Pero mientras el futuro florecía en forma de planos y esperanza, una carta llegó a manos de Michael, sellada con el emblema de su viejo contador.

"Mi señor", decía con letra apretada, "lamento informarle que si no se produce un ingreso significativo en los próximos dos meses, Tornquist Hall deberá venderse. Los acreedores ya han comenzado a

impacientarse, y el valor de la finca ha bajado ante los rumores de escándalo. Le ruego encarecidamente que considere todas sus opciones. Incluso… las más personales".

Michael apretó la hoja entre los dedos. No necesitaba leer entre líneas para entender que aquella sugerencia apuntaba a una única cosa: casarse con Marigold. Y rápido.

Sin embargo, Marigold no sabía nada de eso cuando, esa tarde, se reunió con Victoria en una de las casas de té más famosas de Londres: La Rosa Azul.

—No puedo dejar de pensar en lo mucho que ha cambiado todo —dijo Marigold soplando suavemente su taza.

—¿Por Michael?

—Por todo. Por la Casa, por Elizabeth, por Rose… por mí.

Victoria sonrió y le tocó la mano.

—¿Y sabes qué más ha cambiado? Yo. Estoy interesada en alguien.

—¿En serio?

—Es mayor. Misterioso. Con una mirada que parece conocer todos mis secretos.

—Victoria…

—Lo sé. Estoy loca. Pero no me importa.

Fue entonces cuando las risas murmuradas de otras damas las alcanzaron, como un perfume amargo.

—Dicen que Tornquist está arruinado… —susurró una voz.

—…y que solo la quiere por su dinero —agregó otra.

—Pobre americana. Cree que es amor.

Antes de que Marigold pudiera reaccionar, una voz mucho más fuerte estalló en el salón:

—¡Porque ES así! ¡Todos lo saben! ¡El barón de Tornquist solo la corteja porque necesita su dote!

Gerard había entrado como un vendaval, y ahora estaba de pie junto a su mesa, con el rostro encendido.

—¡Y ustedes, damas ingenuas, lo celebran como si fuera un cuento de hadas! ¡Pero es un negocio! ¡Una transacción!

Victoria se levantó, furiosa.

—¡Vete!

—No me iré hasta que ella vea la verdad.

Pero Marigold no dijo una palabra.

Se puso de pie, su espalda recta, su barbilla alzada.

—Terminé mi té —dijo con una voz tan calma que heló el aire—. Vamos, Victoria.

Y así, caminando entre susurros y miradas, dejó a Gerard solo con su veneno y su furia.

Capítulo 13

Silencios, huidas y sombras en la niebla

La noche se había adentrado con su manto de sombras en Tornquist Hall, envolviendo cada rincón de la mansión en un silencio que pesaba como plomo. Marigold estaba de pie junto a la chimenea de la biblioteca, con los brazos cruzados y la vista perdida en los leños apagados. Su vestido azul marino caía como una cascada oscura a su alrededor, y su expresión era un muro de dignidad herida.

Michael entró sin anunciarse. Llevaba el cabello alborotado, la corbata deshecha y el rostro sombrío.

—¿Puedo...? —dijo con voz baja, casi temerosa.

Ella asintió sin mirarlo. El sonido de sus pasos sobre la alfombra parecía ensordecedor en aquel silencio brutal.

—Hoy recibí una carta de mi contador —empezó él—. Las cosas no están bien.

—Ya lo sabía —dijo ella sin girarse—. No es un secreto que tu patrimonio pende de un hilo.

—No he sido honesto contigo.

—Oh, ¿de verdad? —Su voz destilaba una dulzura amarga—. ¿Cuál parte fue una mentira? ¿La invitación a quedarme? ¿El beso? ¿O el silencio que vino después?

Michael avanzó un paso.

—Marigold...

—¡No me llames así si no puedes decirme la verdad! —Se volvió al fin, los ojos húmedos de ira y dolor—. ¿Por qué me besaste? ¿Qué significó para ti?

Él no supo qué responder. Había tantas respuestas posibles, y todas eran insuficientes.

—No lo sé —susurró.

—Gracias por aclararlo.

Y se marchó de la habitación con paso firme, sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, los criados enmudecieron al verla bajar con las maletas. Michael no bajó. Se quedó en su habitación, con la carta del contador en la mano, sintiéndose el hombre más miserable de Inglaterra.

Cuando Marigold llegó a casa de Lady Cunningham, fue recibida con un grito.

—¡Has enloquecido! ¡Completamente! ¡Te fuiste a vivir con él! ¿Y ahora regresas sin un anillo en el dedo?

—No deseo hablar de eso.

—¡Eres una deshonra! ¡Has destruido tu valor en el mercado matrimonial!

—Tal vez —respondió Marigold con la voz apenas temblorosa—. Pero al menos aún tengo mi dignidad.

Lady Cunningham resopló y se retiró dando portazos.

Fue entonces cuando apareció Gerard, vestido como si viniera de una misa, con flores en la mano.

—Señorita Marquis —dijo con tono grave—. Sé que he cometido

errores. Pero estoy aquí para enmendarlos.

—No tengo tiempo para tus teatros, Gerard.

—Esto no es un teatro —dio un paso al frente—. Quiero casarme contigo. Puedes pensar lo que quieras de mí, pero jamás permitiría que te humillen.

—¿Y es eso lo que tú crees que necesito? ¿Un hombre que me rescate del escándalo que él mismo provocó?

—Yo solo quiero darte un apellido. Una posición. Protección.

—Y yo lo que quiero es que te vayas.

Pero no lo hizo. Se quedó allí, como una sombra que no podía sacudirse.

Al día siguiente, Marigold fue a tomar el té con Victoria en una de las casas más famosas de Londres. Intentaban fingir que nada pasaba, pero ambas sabían que todo había cambiado.

—Michael no vino a buscarme —dijo Marigold al final.

—Tal vez no sabe cómo. Los hombres nobles son tontos.

—No me quiso de verdad. Solo necesitaba mi dinero.

Victoria le tomó la mano.

—No lo sé... yo lo vi mirarte como si fueras una constelación entera.

Marigold sonrió con tristeza.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ese pretendiente misterioso que me mencionaste?

Victoria bajó la voz.

—Es un caballero mayor. Muy mayor. Lo conocí en la biblioteca real. Es inteligente, encantador... y creo que me ve de verdad.

Marigold la abrazó.

—Te mereces eso. Que te vean.

Entonces, la puerta de la casa de té se abrió con un estruendo y Gerard irrumpió como un trueno.

—¡Él no te amó! ¡Solo quería tu fortuna! ¡Todos lo saben! ¡Te usó como un puente para salvarse!

La casa entera se quedó en silencio. Marigold se puso de pie, temblando.

—Sal de aquí.

—¡Dímelo tú! ¡Dime que no es verdad!

Ella no respondió. No podía.

Y Gerard fue escoltado por dos mozos de espaldas anchas mientras la clientela cuchicheaba sin piedad.

Marigold se desplomó en su asiento.

Victoria la abrazó.

—Estoy aquí.

Pero Victoria no estaría allí por mucho tiempo.

Dos días después, desapareció sin dejar rastro.

Ninguna nota. Ni un testigo. Solo un vacío en la ciudad.

Y un frío que ni el verano podía solventar.

Capítulo 14

Apuestas, decisiones y promesas rotas

Londres hervía. No por el clima —una bruma espesa cubría las calles como un velo húmedo de secretos—, sino por el nuevo escándalo que tenía en vilo a toda la aristocracia: la señorita Marigold Marquis.

En las mesas de juego más exclusivas del club White ‘s se apostaba abiertamente por su futuro. Las casas de apuestas clandestinas ofrecían una lista impresa con los nombres de los candidatos: Lord Gerard Althorp lideraba la tabla, seguido de cerca por el barón de Tornquist, Lord Michael Camus Dickinson. Algunos incluso especulaban que algún noble europeo de fortuna misteriosa podría irrumpir a último momento para llevarse el premio mayor: la excéntrica y encantadora americana con la dote más codiciada del año.

Y sin embargo, Marigold solo pensaba en su amiga.

Victoria había desaparecido tras una noche extraña, dejando tras de sí una nota peculiar que solo Marigold podía entender. No decía “adiós”, sino algo mucho peor: “lavanda”.

El dibujo simple de esa flor, hecho a mano, decía más que mil palabras. Era su código secreto desde que se habían conocido. Llegaron al acuerdo de usarlo cuando alguna de las dos necesitara huir de algo que no pudiera explicar con claridad. Lavanda significaba "Estoy bien. No me sigas. Lo he elegido".

Y ese "lo" podía ser cualquier cosa: amor, muerte, locura o libertad.

Marigold sentía un nudo en el pecho mientras miraba la nota una y otra vez, sola en su habitación, mientras lady Cunningham discutía con una doncella por la elección del peinado de la mañana.

Victoria estaba viva. Eso al menos lo sabía. Pero estaba dispuesta a desaparecer. A dejarlo todo atrás por ese misterioso pretendiente mayor, cuyo nombre nunca reveló. ¿Cómo podía abandonarla así, sin una palabra más que una flor en tinta?

El corazón de Marigold palpitaba con un peso nuevo: la soledad.

***

Michael, por su parte, vivía atormentado.

Desde aquella conversación confusa con Marigold, en la que ninguno se atrevió a decir lo que realmente sentía, no había dormido una noche completa. La casa se le caía encima, los pasillos se hacían más fríos, y la ausencia de ella dolía más que cualquier herida física.

Había intentado escribirle una carta, pero ninguna palabra parecía suficiente.

—No puede terminar así —dijo en voz alta dejando caer la pluma sobre el escritorio.

Elizabeth, su hermana, lo observaba desde la ventana con su hija Rose dormida en brazos. La pequeña tenía un vendaje firme en el brazo, pero dormía tranquila por primera vez en días.

—Entonces haz algo, Michael —dijo Elizabeth con la voz firme que solo una mujer sobreviviente podía tener—. Pero no con tu orgullo. Hazlo con el corazón.

Michael la miró. Cuánto había cambiado su hermana desde que llegó. Cuánto había soportado. Y aun así, ahí estaba, entera, fuerte, protegiendo a su hija.

—Ella cree que la quiero por su dinero.

—Y tú le diste razones para pensarlo.

Él desvió la mirada.

—Entonces demuestra que no es así. Hazlo a lo grande. Hazlo como solo tú puedes hacerlo.

Michael no tardó en actuar.

A la mañana siguiente, irrumpió en el club White ‘s, el más exclusivo de todo Londres, y se subió a una silla de roble antiguo ante la mirada atónita de todos los presentes.

—¡Silencio! —exclamó alzando una copa vacía que hizo sonar como una campana—. Esto no puede seguir así.

Los caballeros dejaron de hablar. Algunos lo miraban con burla, otros con sorpresa, y no pocos con expectativa. Sabían que el barón era orgulloso, pero jamás lo habían visto perder el control.

—Sé que todos apuestan por quién ganará la mano de la señorita Marigold Marquis. Sé que entre ustedes está Lord Gerard Althorp, que no ha perdido oportunidad para manchar mi nombre y burlarse de mi situación económica.

Hubo un murmullo incómodo.

—Así que escuchen bien: no necesito ni un penique de la dote de la señorita Marquis. Lo que siento por ella es real. Y si alguno de ustedes tuviera la mitad del honor que ella posee, se retiraría de esta absurda carrera por convertirla en una mercancía.

Un silencio sepulcral se apoderó del lugar. Solo se escuchó el

crujido de un bastón de marfil.

—¡Mentiroso! —gritó Gerard desde el fondo, rojo de furia—. ¡Todos saben que estás arruinado, Michael! ¡Solo quieres salvar tus tierras!

—Y tú solo quieres comprar una esposa —replicó él con voz contenida, tan peligrosa como una tormenta a punto de estallar—. Pero ella no está en venta.

Hubo un amago de pelea. Dos mozos se interpusieron justo a tiempo. Pero ya era tarde: las palabras habían sido dichas. El escándalo, una vez más, estaba servido.

Horas después, esa escena recorrió todo Londres. Se narró en susurros en los salones, se bromeó en la prensa amarillista y se admiró en la calle.

Y Marigold, aún sin saberlo, volvía a estar en el centro del huracán.

Capítulo 15

Retornos, revelaciones y un nuevo comienzo

La ciudad aún no se reponía del último escándalo, cuando otra invitación de oro y marfil comenzó a circular entre los círculos más selectos: el cumpleaños de Lady Aurelia Dunbridge, duquesa viuda de Raventhorn.

Aurelia era una mujer cuya influencia podía mover piezas en el tablero político, pero cuyo rostro casi nunca se veía en público. Se decía que había criado a tres ministros y corregido los discursos de más de un primer ministro. Su apoyo no se compraba ni se solicitaba: ella lo ofrecía... o no.

Marigold no comprendía del todo por qué había sido invitada, pero Elizabeth —que ahora fungía como una suerte de hermana mayor protectora— insistió en que no debía rechazar la invitación.

—Lady Aurelia no hace nada sin propósito —le dijo con una sonrisa sutil—. Y tiene un olfato para los corazones valientes. Me atrevería a decir que ve en ti a una aliada.

La velada fue tan opulenta como uno podía esperar: mármoles

italianos, cortinados de terciopelo color esmeralda y música ejecutada por un cuarteto vienés traído especialmente para la ocasión. Pero lo que más destacaba era la absoluta calma con la que Lady Aurelia observaba todo desde su trono de terciopelo, copa en mano y ojos astutos.

Cuando Marigold se acercó a saludarla, la duquesa le tomó la mano con calidez.

—Hay quienes creen que lo escandaloso no tiene valor. Pero yo siempre he encontrado que la verdad, cuando se dice en voz alta, suena como un grito de libertad. No cambie usted, señorita Marquis.

Marigold parpadeó. No esperaba esas palabras. Y mucho menos lo que vendría después.

En medio de una conversación trivial sobre las nuevas tendencias en sombreros, una voz desagradablemente conocida irrumpió por detrás:

—Señorita Marquis, qué inesperado encuentro. Aunque… quizás no tanto.

Era Gerard. Impecable, arrogante, venenoso.

—Lord Althorp —respondió ella con frialdad—. Siempre tan puntual para lo indeseado.

—Oh, no sea cruel. Solo vine a disfrutar de la música… y quizá a preguntarle por qué ha estado esquivando mis cartas.

—Porque usted no entiende la palabra "no".

Gerard sonrió, pero había algo desesperado en sus ojos.

—Vamos, Marigold. Sabemos que no puede permitirse perder el juego. Después de todo, su reputación no está precisamente intacta. Y Michael… bueno, es un hombre con muchas deudas. ¿Puede confiar en alguien así?

Antes de que ella pudiera responder, una figura alta y furiosa interrumpió:

—Eso es suficiente, Gerard.

Michael. La tensión entre ambos podía cortarse con un cuchillo. Pero no llegaron a enfrentarse, porque una tercera voz surgió entre la multitud.

—¡Qué encantadora escena! Justo como la imaginé… aunque con menos golpes de puño, por el momento.

Todos se volvieron hacia la entrada. Marigold jadeó. Michael se quedó paralizado.

Victoria.

Radiante. Altiva. Con una corona de flores blancas entre su cabello suelto y un vestido escarlata que desafiaba todos los protocolos. Y a su lado, un hombre cuya presencia provocó suspiros y murmullos: Lord Cavendish, Conde de Fairleigh, uno de los pares más poderosos del reino.

—¿Vicky? —susurró Marigold sin poder creerlo.

Victoria sonrió y le guiñó un ojo.

—Te dije que confiaras en mí. ¿No eres tú la que siempre cree en los amores inesperados?

Cavendish, con la dignidad de alguien que había asistido a guerras y parlamentos por igual, tomó la palabra con voz firme:

—Me disculpo por irrumpir, Lady Aurelia, pero como esposo de esta dama encantadora, considero que es mi deber aclarar algunos puntos.

Lady Aurelia levantó su copa, divertida.

—Le concedo la palabra, milord.

El conde se volvió hacia Gerard.

—Señor Althorp, su insistencia en atacar al barón Dickinson y mancillar el nombre de la señorita Marquis se basa, entiendo, en una combinación de despecho y chantaje encubierto. Lo cual resulta particularmente hipócrita viniendo de alguien cuya fortuna fue

obtenida mediante la falsificación de informes de exportaciones en la India.

Un murmullo recorrió la sala. Gerard empalideció.

—Eso… ¡Eso es una calumnia!

—Ah, pero con testigos. Y registros. Que, por supuesto, ya he hecho llegar a Su Majestad.

Un silencio absoluto cayó sobre los presentes. Gerard temblaba. Lady Aurelia sonreía con un deleite casi infantil.

—Quizá quiera usted retirarse antes de que alguien decida convertir esto en una acusación formal —añadió Cavendish.

Gerard balbuceó una excusa y huyó entre empujones.

Victoria soltó una carcajada y se giró hacia Marigold.

—¿Tú querías dramatismo? Pues feliz cumpleaños para la duquesa.

Michael tomó la mano de Marigold, sin importarle los ojos puestos en ellos.

—¿Podemos hablar? —susurró con voz quebrada.

Ella asintió, sintiendo que, por primera vez, todo empezaba a encajar. Y que quizás, solo quizás, el amor sí podía abrirse paso entre las locuras.

Capítulo 16

Entre promesas y primeras piedras

El salón secundario de la mansión Raventhorn, que una hora antes rebosaba de rumores y risas sofocadas, ahora estaba en silencio. Solo Michael y Marigold permanecían allí, como dos piezas que finalmente habían encontrado el modo de encajar.

La luz de las velas jugaba con sus sombras sobre las paredes. Él estaba de pie, con las manos entrelazadas tras la espalda, conteniendo el torrente de emociones que amenazaba con desbordarse.

—Sé que esperabas algo mejor de mí —dijo finalmente—. Pero cuando te alejaste, sentí que el mundo entero se había vuelto más gris.

Marigold lo observó con una mezcla de incredulidad y ternura.

—Creí que solo te importaba el dinero. Que eras como todos los demás.

Michael negó lentamente con la cabeza.

—Cuando me diste la espalda… entendí que preferiría perder mi título, mi hogar y mi nombre antes que seguir respirando en un

mundo donde tú no me miraras como lo hacías antes.

Ella se acercó, lenta, insegura.

—Entonces… ¿por qué no me lo dijiste?

Él sonrió, triste.

—Porque soy un estúpido orgulloso. Pero uno que, si tú me lo permites, está dispuesto a aprender cada locura que habita en ti.

Marigold rio entre lágrimas, y fue ella quien lo abrazó primero.

—Entonces empieza por besarme otra vez. Esta vez, sin secretos.

Y lo hizo. No hubo espectadores. No hubo escándalos. Solo dos corazones, y una promesa tácita de no volver a soltarse.

Días después, Londres vibraba con otra clase de susurros. La casa Raventhorn había sido cedida en parte para convertirse en el primer hogar de acogida para mujeres en situación de riesgo, con el apoyo explícito de Su Majestad la Reina.

Marigold, Victoria y Elizabeth trabajaban día y noche con voluntarias, médicos y miembros del clero progresista para poner en marcha la iniciativa. Se la llamaría finalmente "La Casa Flor de Té", en homenaje a aquellas primeras conversaciones en las que el sueño tomó forma.

—Nunca creí que las damas de sociedad pudieran transformar algo más que los centros de mesa —dijo Victoria con una sonrisa mientras organizaba cestas de bienvenida.

Marigold asintió.

—Quizá nuestras locuras eran lo que el mundo necesitaba para cambiar.

En la esquina del despacho, Elizabeth leía una carta firmada por la reina en persona. Cuando levantó la mirada, su expresión era más firme que nunca.

—Su Majestad quiere que esto se replique en cada ciudad del reino. Hemos plantado una semilla. Y crecerá.

Afuera, Michael conversaba con un grupo de constructores. Había vendido una propiedad secundaria y negociado con antiguos acreedores. El informe de su contador seguía siendo alarmante, pero por primera vez, no sentía miedo.

Marigold se le acercó, enlazando sus dedos con los de él.

—¿Todo en orden?

—Lo justo para dormir por las noches —respondió él con una sonrisa.

—¿Y si no sale como esperábamos?

Michael la besó en la frente.

—Entonces lo volveremos a intentar. Mientras tú sigas de mi lado, no le temo a ninguna caída.

Esa noche, Marigold escribió en su diario. Algo que no había hecho desde que llegó a Londres.

"Querido diario:

Hoy me senté en la oficina de una duquesa, me enfrenté a un par del reino y besé al hombre que me rompió el corazón. Victoria se casó con un conde, Elizabeth recibió una carta real, y yo fundé una casa para mujeres valientes.

A veces creo que mi madre tenía razón y soy una locura con sombrero. Pero esta noche, por primera vez, siento que todas mis locuras tienen un propósito. Y ese propósito… quizás, solo quizás, sea el amor".

Al cerrar el cuaderno, encontró a Michael en la puerta. La miró con el mismo brillo con que se miran las estrellas fugaces.

—¿Escribías sobre mí?

—Quizás.

—¿Me dejarás leerte algún día?

Ella sonrió.

—Tal vez. Cuando estemos viejos, y Rose nos lea cuentos en voz

alta mientras Victoria finge que no llora.

Michael rio, y la abrazó por la cintura.

—Entonces prométeme una cosa, señorita Marquis.

—¿Cuál?

—Prométeme que esta será la primera de muchas casas. Y la última vez que dudes de mi amor por ti.

Ella lo besó, y su silencio fue la promesa más firme que podía ofrecer.

Afuera, Londres dormía. Pero dentro de la Casa Flor de Té, recién comenzaba a latir el futuro.

Capítulo 17

Sombras del pasado

El cielo de Londres se encontraba cubierto por nubes densas, pero ni siquiera la amenaza de lluvia logró empañar la emoción que flotaba en el aire frente a la gran inauguración de la Casa Flor de Té.

Damas y caballeros, miembros del clero, funcionarios de la corona y curiosos por igual se acercaron a la elegante casa reformada que ahora ofrecía refugio, educación y compañía a mujeres que no tenían a dónde ir. Su Majestad había enviado un representante especial. Incluso los periódicos, que tanto se habían alimentado del escándalo de Marigold, ahora elogiaban su visión.

Marigold, impecablemente vestida, recibía a los invitados con una sonrisa genuina, mientras Victoria y Elizabeth se encargaban del interior. Rose repartía pequeños lazos blancos bordados con la palabra "esperanza". Michael, por su parte, se mantenía a su lado, orgulloso.

Todo parecía en calma. Hasta que una voz cortó el aire como un cuchillo.

—¡Lord Dickinson! ¡Michael!

Un murmullo se propagó como la pólvora. Una mujer elegantemente vestida, de unos treinta años, caminaba hacia ellos. Era hermosa, con una belleza pulida por los años y la experiencia. Iba acompañada de un niño de cabello oscuro y ojos grises.

—¿La conoces? —murmuró Victoria a Marigold acercándose a su oído—. Lady Celeste Ashcombe. Fue su prometida hace años. Su padre rompió el compromiso.

La mujer se detuvo frente a Michael y Marigold con una sonrisa cargada de veneno dulce.

—Qué conmovedor ver cómo has rehecho tu vida… —dijo—. Pero hay algo que creo que te falta saber antes de seguir adelante con… esto.

Marigold entrecerró los ojos.

—¿Y qué sería eso?

Celeste posó una mano sobre el hombro del niño.

—Este es Sebastian. Tiene siete años. Y, Michael… Es tu hijo.

El impacto fue inmediato. Los invitados contenían el aliento. La prensa, al acecho, comenzaba a moverse. Elizabeth tomó de la mano a Rose y la llevó dentro. Marigold sintió que el mundo bajo sus pies tambaleaba.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó Michael con voz tensa, pero sin agresividad. La miraba como si viera a una extraña.

—No es una broma. Tú y yo… en aquel verano en Bath… antes de que tu familia cortara todo.

—Eso fue hace más de ocho años.

—Sebastian tiene siete —replicó Celeste con voz clara.

Michael no dijo nada. Apretaba los puños.

Marigold no se movió. Solo lo miró.

—¿Es cierto?

Él la miró, desesperado.

—No lo sé. No tengo forma de saberlo. Nunca volví a verla. No me lo dijo. Nunca supe… jamás me habría marchado si lo hubiera sabido.

Celeste alzó la barbilla.

—No busco dinero. Solo la verdad. Y que reconozcas a tu hijo.

Marigold respiró hondo. Su mundo perfecto, una vez más, tambaleaba. Pero recordó a todas las mujeres que se quedarían esa noche en la casa, escapando de pasados peores. Ella no podía ser menos fuerte.

—¿Te someterías a una prueba? —le preguntó a Michael.

—Sí. Hoy mismo, si es necesario —respondió él sin apartar la mirada.

—Entonces no tengo nada más que decir. Hasta tener certezas, no arruinaré lo que construimos.

Victoria se acercó, indignada.

—¡Eso no es un hijo! ¡Es un escándalo con patitas!

Michael la fulminó con la mirada, pero Marigold le tomó la mano.

—No. Es un niño. Y si resulta ser suyo… no voy a apartarme.

Celeste pareció contrariada. No esperaba que Marigold se mantuviera firme. Dio un paso atrás, murmuró algo y se marchó entre murmullos.

—¿Estás bien? —preguntó Michael.

—No. Pero lo estaré —respondió ella.

Y juntos, volvieron a entrar a la casa, donde los esperaban mujeres con más cicatrices que las suyas, y un futuro que aún podía escribirse desde el amor, incluso con las sombras del pasado al acecho.

Capítulo 18

Verdades entre susurros

La mañana siguiente al escándalo fue aún más caótica que la noche anterior. Los periódicos no tardaron en recoger la historia del supuesto heredero ilegítimo de Lord Dickinson, y las apuestas en los clubes de caballeros no hablaban ya de la mano de Marigold, sino de si el niño de cabello oscuro sería o no reconocido como un Dickinson. Michael, en cambio, caminaba de un lado al otro del salón de su casa, furioso.

—¡Es un disparate! ¡Una maniobra de una mujer despechada! ¡Nunca supe de ese niño!

Elizabeth lo observaba desde un sillón, con los labios tensos.

—Lo entiendo, hermano. Pero Su Majestad está al tanto. Me ha enviado una nota en la que exige que esta situación se resuelva antes de que la reputación de la Casa Flor de Té se vea afectada.

—¿La reputación? —bufó él—. ¡Como si eso importara más que el hecho de que esa mujer me tendió una trampa frente a todos!

Marigold entró en ese momento, con una bandeja de té. Al ver su ceño fruncido, colocó la bandeja sobre la mesa con delicadeza.

—Michael. Necesitas sentarte y respirar. No puedes arreglar nada si sigues dejándote dominar por la ira.

—No estoy enfadado contigo —dijo él de inmediato.

—Lo sé. Pero ese niño está en tu casa. Y hasta que no se demuestre lo contrario, es un invitado. Como lo es su madre.

Michael gruñó algo entre dientes, pero obedeció. Marigold tomó asiento a su lado y le habló con voz baja.

—Tal vez no podamos hacer pruebas como quisieras, pero sí hay formas de conocer la verdad. Y de demostrarla.

Fue entonces cuando Elizabeth carraspeó.

—He traído a alguien —dijo.

Una mujer anciana, de cabello canoso y porte digno, entró en el salón. Hizo una reverencia.

—Lady Adeline, dama de compañía de Lady Celeste durante su juventud —presentó Elizabeth—. Tiene algo que decir.

La mujer asintió.

—Durante el verano en que supuestamente nació ese niño, Lord Dickinson y Lady Celeste ya no estaban en contacto. Yo misma presencié cómo su señoría rompió el compromiso cuando el padre de la dama lo impuso sin su consentimiento. Lady Celeste se marchó una semana después con otro caballero, un tal Lord Wintercombe. Nadie volvió a hablar de ello, por discreción.

—¿Está segura? —preguntó Marigold.

—Completamente. La fecha del nacimiento no coincide. Además, Celeste solía... confundir la atención con el afecto. Su Majestad agradecerá saber esto.

Michael cerró los ojos con alivio. Elizabeth esbozó una leve sonrisa.

—Enviaré una nota de inmediato.

Más tarde, Marigold paseaba por el jardín con Rose y el niño,

Sebastian. Iban de la mano cuando Rose lo miró con sus enormes ojos grises.

—¿Quieres quedarte aquí?

El niño la miró sorprendido.

—No lo sé.

—¿No quieres a tu mamá?

Sebastian bajó la vista.

—Ella dice que tengo que quererla. Que, si no, me llevará a un lugar donde nadie me vea nunca más.

Rose se detuvo, con los ojos llenos de asombro.

—Eso no es querer. Eso es tener miedo.

Marigold escuchó esas palabras al doblar el sendero, y no fue la única. Lady Cunningham, que las estaba visitando en ese momento, venía detrás y detuvo su paso en seco.

Más tarde, cuando la dama entró en la casa, tomó a Marigold del brazo.

—Ese niño… no tiene la culpa. Pero esa mujer… no es digna de criar ni una amapola.

Marigold asintió en silencio. Las piezas comenzaban a encajar.

Al día siguiente, Celeste ya no estaba. Había huido en medio de la noche. Solo dejó una nota. "No me quitarán a mi hijo. Él es mi pasaporte".

Pero su pasaporte se había desvanecido, y lo que quedaba era un niño triste y confundido… y dos corazones nobles listos para protegerlo, aunque no llevara su sangre.

Capítulo 19

Una promesa entre tazas de té

Sebastian tardó en sonreír. Había aprendido a desconfiar de los gestos suaves, de las palabras dulces y de las camas tibias. Pero Marigold era tenaz en su dulzura. Cada mañana lo despertaba con una canción que no sabía que sabía, le ofrecía chocolate caliente con canela, y le preguntaba qué soñó. No se reía si él decía que soñó con dragones. Solo le pedía que se los dibujara.

Michael los observaba en silencio. Sentía cómo algo en él se ablandaba, se deshacía. Aquella mujer americana, escandalosa y luminosa, que parecía no entender ninguna regla de la sociedad inglesa, había convertido su casa en un hogar.

Una tarde, mientras Sebastian dormía acurrucado en el regazo de Marigold, Michael se sentó frente a ella.

—Estás actuando como su madre.

—¿Y tú? —replicó ella con ternura—. Como su padre.

Él desvió la mirada con los ojos brillantes.

—No puedo odiarlo. No puedo odiar a un niño por las mentiras de su madre.

—Lo sé —susurró ella acariciando su mano—. Porque tu corazón es más grande de lo que tú mismo quieres aceptar.

Al día siguiente, mientras Michael paseaba por el jardín, se topó con Victoria.

—Oh, no escaparás de mí, querido barón —dijo ella interponiéndose en su camino.

—¿Ahora qué hice?

—¡Eso! —espetó ella fulminándolo con la mirada—. Esa actitud tuya de fingir que nada ocurre. De dejar que los días pasen mientras Marigold se entrega a tu vida, a tu familia, a ese niño… y tú sigues tratándola como si fuera solo un huésped.

Michael apretó los dientes.

—No es tan simple.

—Sí lo es. O la amas o no. Pero no puedes seguir robándole su lugar. No después de todo lo que ha hecho. Si no vas a luchar por ella, dímelo. Le buscaré un príncipe en algún rincón del imperio.

Él la miró con gravedad.

—No necesitarás buscar nada. Ya he tomado una decisión.

Esa misma tarde, Michael se dirigió a la reunión de damas que Marigold y Elizabeth organizaban en los salones de Lady Clarisse Kensington. El hogar para mujeres en riesgo estaba por tomar forma, y las nobles comenzaban a ceder, cautivadas por el entusiasmo contagioso de la joven americana.

Hasta que las puertas se abrieron de golpe.

Un murmullo recorrió la sala.

Michael apareció, despeinado por el viento, las mejillas enrojecidas, con una caja pequeña en la mano.

—¡Barón Dickinson! —exclamó Lady Clarisse sin disimular el interés.

Pero él no miraba a nadie más que a Marigold.

—Perdóname —dijo con la voz quebrada—. Por haberte hecho esperar. Por haberte tratado como menos de lo que eres. Porque tú eres mi hogar. Lo has sido desde el primer día que tropezaste conmigo y tus mandarinas rodaron por el suelo como si el universo quisiera que yo me detuviera y te viera.

Marigold sintió que el mundo se detenía.

—Yo no tengo nada más que ofrecerte que mi nombre y este anillo, que fue de mi madre, y de la madre de ella —dijo abriendo la cajita—. No tengo certezas, ni fama intachable, pero tengo un amor que ha crecido en medio de las ruinas y que hoy quiere construir un futuro contigo.

Se arrodilló, en medio del salón, frente a una docena de damas de la alta sociedad y de la mismísima Lady Desdémona Hawthorne, quien soltó un suspiro emocionado.

—¿Marigold Marquis...? ¿Me harías el honor de convertirte en mi esposa?

Marigold no pudo hablar. Solo asintió, con lágrimas en los ojos. Y cuando lo besó, no le importó que fuera inapropiado, ni que las tazas de té se cayeran de las bandejas, ni que la reina lo supiera.

Porque a veces, solo a veces… los cuentos más escandalosos terminaban siendo los más felices.

Epílogo

Donde florecen las locuras

Diez años habían pasado desde aquel día en que Michael irrumpió en un salón de té con el corazón en la mano y un anillo en el bolsillo. Diez años desde que Marigold, contra toda expectativa de la alta sociedad inglesa, se convirtió en su esposa, en la baronesa más escandalosa y amada de Londres, en la madre de una tribu ruidosa y luminosa que desbordaba los salones de Tornquist Hall.

Era una mañana de julio, soleada y perfumada de flores frescas. En los jardines traseros del hogar de mujeres en riesgo —ahora conocido como "Casa de Marigold", aunque ella siempre protestaba por el nombre, pues había sido iniciativa de su cuñada, Elisabeth—, una gran carpa blanca albergaba a decenas de damas, niños, y antiguas residentes que, con el tiempo, se habían convertido en aliadas, protectoras, escritoras, maestras y madres.

Una década antes, nadie habría imaginado que una joven americana desorientada lograría algo semejante. Ni siquiera ella.

—¡Amelia, suelta el sombrero de tu hermana!

—¡Fue ella quien me tiró el pastel en el vestido!

—¡No es pastel, es barro!

Michael apareció justo a tiempo para levantar a una de sus hijas gemelas —una de las mayores—, que lloraba porque su vestido se había mojado. La otra gemela, por supuesto, ya estaba trepada a un árbol.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó buscando con la mirada.

—Con la tía Victoria —respondió el mayor, Edmund, un niño de nueve años que tenía el porte de su padre y la sonrisa traviesa de su madre—. Están comparando panecillos y nombres de futuras criaturas.

Michael suspiró. Marigold estaba embarazada otra vez. Su sexto hijo. Quinto si no contaba a Sebastian, a quien jamás dejó de llamar hijo, aunque hubiera llegado por caminos torcidos.

Victoria llegó ese día con su marido —un influyente duque con poca capacidad para ponerle límites— y sus siete hijas, todas vestidas de colores distintos. Una de ellas estaba escribiendo un manifiesto feminista, otra quería ser domadora de leones, y una tercera estaba enamorada de Edmund, para gran desesperación del joven.

—¿Y cómo se sienten, diez años después de aquel beso público? —preguntó Victoria con una copa de limonada en la mano y los ojos brillando de nostalgia.

—Como si hubiera ocurrido ayer —respondió Marigold acomodándose en un sillón bajo la sombra del rosal.

—O como si hubieran pasado mil vidas —añadió Michael acercándose con un ramo de lavanda.

—¿Dónde están los gemelos varones? —preguntó ella.

—Corriendo tras las gallinas. Dicen que quieren probar qué pasa si se montan en una de ellas.

Victoria soltó una carcajada que hizo volar a un par de aves del

jardín.

—¿Y Rose?

—En la biblioteca —dijo Marigold con una sonrisa orgullosa—. Está escribiendo su primer libro. Sebastian está enseñándole a traducir del francés.

—Quién lo habría dicho, ¿eh? —murmuró Victoria abrazándola de lado—. Que tus locuras nos llevarían tan lejos.

***

Una pequeña ceremonia comenzó en el centro del jardín. Elizabeth, ahora presidenta honoraria del consejo del hogar, ofreció un discurso emocionado. Hablaron varias mujeres que habían pasado por el refugio. Una de ellas, hija de un duque, confesó entre lágrimas que, si no hubiera sido por Marigold, jamás habría escapado del infierno en que vivía.

—"Las locuras de la señorita Marigold" —leyó otra—, así tituló su historia el diario local. Nunca imaginaron que esa señorita cambiaría el mundo de tantas.

Michael la miró. Ella tenía lágrimas en los ojos, pero también una sonrisa serena.

—¿Orgullosa de tus locuras? —le preguntó en voz baja.

—Más que nunca —susurró ella tomándole la mano.

—¿Y de este caos que es nuestra vida?

Ella rio.

—Con todo mi corazón.

Al atardecer, cuando el sol teñía de naranja los campos y los niños dormían en rincones del jardín, extenuados de juegos, Michael y Marigold se quedaron a solas en un banco junto al invernadero, que había sido restaurado por amor y por necedad, como tantas otras

cosas en su historia.

—¿Te acuerdas de las mandarinas? —dijo él acariciando su vientre redondo.

—¿Cómo olvidarlo? Fue tu culpa.

—Siempre dices eso.

—Porque fue verdad.

—Y sin embargo… ese caos nos trajo hasta aquí.

—No cambiaría nada —respondió ella—. Ni tus cejas fruncidas, ni las cartas de tu contador, ni los escándalos, ni siquiera a Gerald.

—Eso sí que es amor.

—Eso —dijo ella apoyando la cabeza en su hombro—, es nuestra locura.

Se quedaron así, respirando lento, entre flores, risas lejanas y la certeza de que habían vencido todas las predicciones.

Michael le tomó el rostro, con ternura, y la besó como si fuera la primera vez.

—Te volvería a elegir mil veces, Marigold.

—Y yo a ti, mi barón de Tornquist, salvador de mandarinas.

Y así, mientras la luna comenzaba a asomarse en el cielo y los últimos ecos de la celebración se apagaban, los dos amantes —locos, valientes, imperfectos— supieron que su historia no terminaba allí.

Apenas comenzaba otro capítulo.

Agradecimientos

A Lola Gude, a la editorial Selecta y a PRH, por su apoyo y por continuar confiando en cada uno de mis proyectos.

A mi amor Roberto y a mis peques, Eze y Fran, por todo su amor e incondicional apoyo. Cada una de mis historias es para ustedes.

¿Pueden un lord en la quiebra y una animada americana lograr un feliz matrimonio por conveniencia?



La señorita Marigold Marquis, única heredera de una cuantiosa fortuna, ha sido lanzada al mercado matrimonial en la elitista sociedad inglesa sin preparación alguna. Acostumbrada a la sociedad americana no deja de dar un traspié tras otro hasta que, finalmente, queda tildada de florero y está destinada a adornar un rincón sin importar cuanto ella anhele participar de esas exquisitas veladas. Aunque más de un lord necesitado podría estar dispuesto a ignorar sus locuras para obtener su dinero.

Lord Michael Camus Dickinson, barón de Tornquist, tiene la desesperada necesidad de conseguir una esposa poseedora de una

dote que le permita salvar su hogar ancestral. La joven americana es la perfecta solución y tras un inesperado incidente considera que bien podrían llegar a un amigable acuerdo.

¿Podrán sus corazones no involucrarse en el acuerdo? ¿O terminarán rompiendo sus propias reglas?

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Kathia Iblis
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Kateryna Yakovlieva

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19687-86-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las locuras de la señorita Marigold
Nota de la autora
Prólogo
Capítulo 1. Florero con espinas
Capítulo 2. Mandarinas y presentaciones
Capítulo 3. Rumores y afinidades peligrosas
Capítulo 4. Tés, celos y decisiones impulsivas
Capítulo 5. Máscaras y verdaderos rostros
Capítulo 6. Heridas que florecen en la noche
Capítulo 7. Ecos del escándalo y brotes de ternura
Capítulo 8. El rugido de las flores
Capítulo 9. Alianzas, amenazas y verdades que arden
Capítulo 10. Un beso, una corona, una alianza inesperada
Capítulo 11. Escándalos, semillas y rescates
Capítulo 12. Té, verdades y mentiras a voces
Capítulo 13. Silencios, huidas y sombras en la niebla
Capítulo 14. Apuestas, decisiones y promesas rotas
Capítulo 15. Retornos, revelaciones y un nuevo comienzo
Capítulo 16. Entre promesas y primeras piedras

Capítulo 17. Sombras del pasado
Capítulo 18. Verdades entre susurros
Capítulo 19. Una promesa entre tazas de té
Epílogo. Donde florecen las locuras
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Kathia Iblis
Créditos